

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 21

50 Céntr.



PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. "Saturnino Calleja"

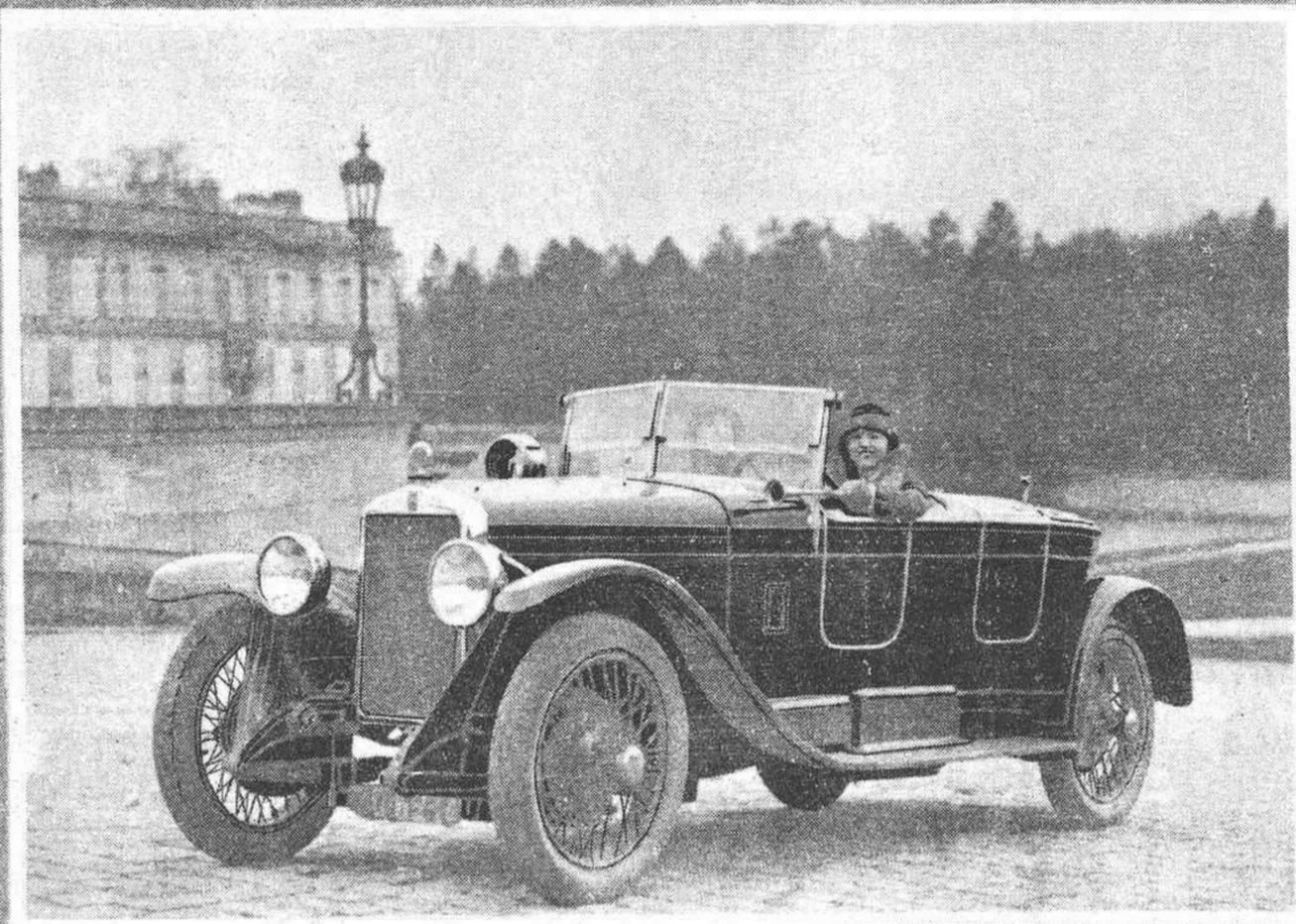
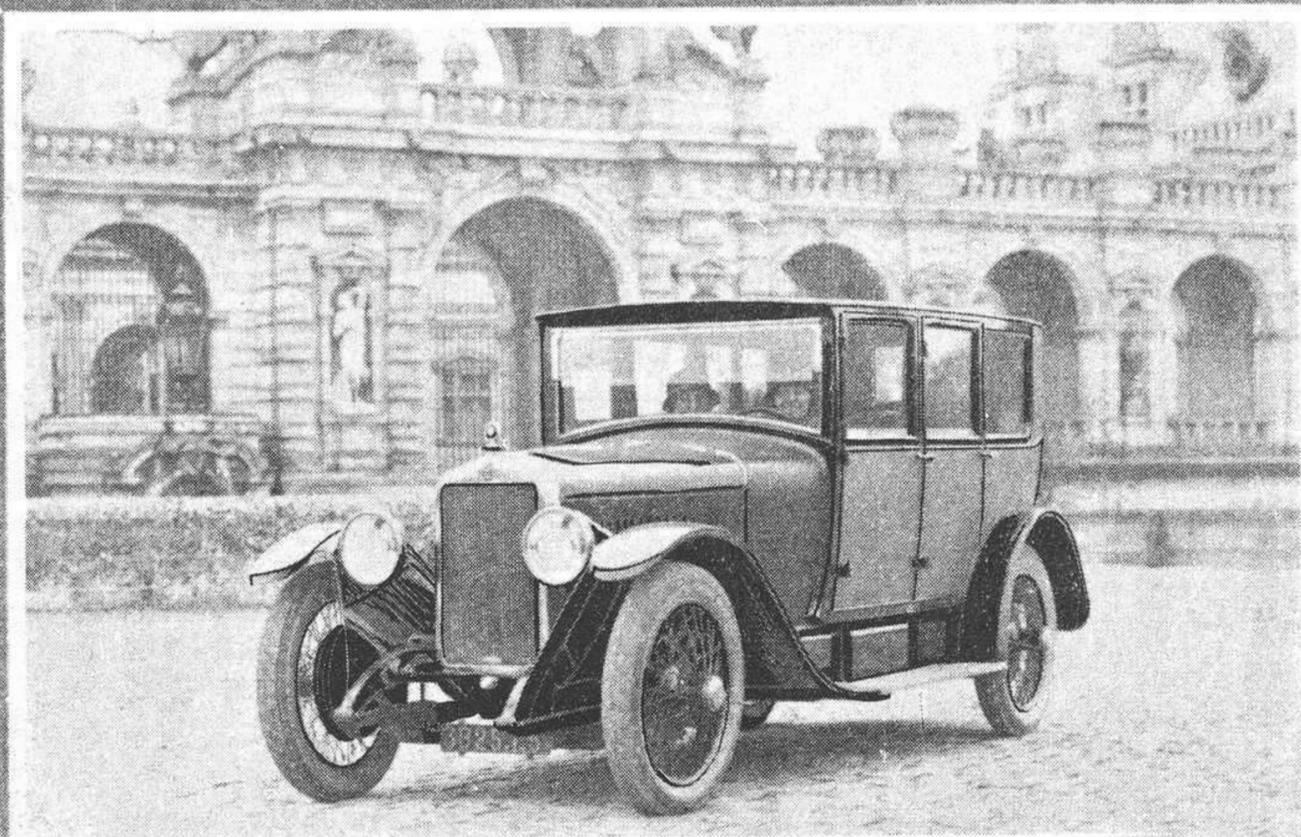
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.

AUTOMÓVILES



GEORGE S. MURRAY

el coche selecto



REPRESENTANTE GENERAL PARA ESPAÑA

MARTIN UZQUIANO

Aduana 23

Madrid

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

AÑO II. — Núm. 21

DIRECTOR:
RAFAEL CALLEJA

Directora de la Moda:
MADAME MARTINE RENIER
Redactora-jefe de la Moda
en la Revista de Paris
FEMINA

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES
NÚMERO: 50 CÉNTIMOS

SUSCRICIÓN:
ESPAÑA Y AMÉRICA: UN AÑO, 23 PESETAS.
SEMESTRE, 12 PESETAS. OTROS PAÍSES:
UN AÑO, 35 PESETAS.

13 Enero 1926

ADMINISTRACIÓN:
ED. "SATURNINO CALLEJA", S. A.

Cierre y talleres:
SAN SEBASTIÁN
Correspondencia y suscripciones:
CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28
Apartado 447
MADRID

UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"



Foto ALFONSO.

Alberto Insúa

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Su violencia. La lucha por la dominación de unos pueblos sobre otros, de unas doctrinas sobre otras llevada al extremo por las guerras más atroces, las revoluciones más horribles y las batallas económicas más crueles que —hasta ahora— ha padecido el mundo. Su violencia... Es decir, su anticristianismo.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Su cultura. Para algunos droga de olvido, para otros licor estimulante. Su cultura, que —según los temperamentos— nos postra en una resignación contemplativa, casi placentera, epicúrea, o nos induce al apostolado, a cualquier apostolado: a la acción.

Resumen: la vida actual es mala, pero sabia. En su mano tiene los secretos de su redención.

Alberto Insúa

El mayor encanto y el mayor defecto de la vida actual dependen de una sola y misma cosa: de que la moral está a punto de cambiar: la antigua no se ajusta a la vida moderna; la nueva no ha encontrado todavía su fórmula propia. Tenemos el derecho y hasta la necesidad de abandonar las normas establecidas sin poder ajustarnos a las nuevas. Puede uno, por lo tanto, permitirse el lujo de ser accidental y provisionalmente irresponsable.

f. martinez sierra



José Pinazo

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Que se piensa poco y que se corre mucho. Que lo que interesa no tiene interés y que lo que tiene interés no interesa. Que hay demasiado olor a gasolina. Mucha mentira, mucha vanidad y demasiados chófers. Que todo se hace para el momento y nada para el futuro.

Que la gente vive sin ideal porque no le hace falta más que dinero para vivir.

Que hemos hecho de la vida una cosa artificiosa y complicada, llena de egoísmos y sin amor ninguno.

Que falta sensibilidad y sobran cañones.

Que la gente riñe demasiado y trabaja poco.

Y ¿cuál su mayor encanto?

La mujer. La mujer que va teniendo un gran valor útil y estético. Que decora como nunca la vida, y que con una gran voluntad escondida en la gracia, va llevando su perfume a la vida toda.

Foto CALVACHE

G. Martínez Sierra

José Pinazo



Publicamos aquí los originales que nos envíen nuestras lectoras: artículos, ensayos, crónicas, comentarios, fragmentos de diario, narraciones, poesías, etc.; dibujos (solo en blanco y negro); ideas de labores, fotografías (no retratos), etc. Se publicará lo que permita el espacio disponible, prefiriendo lo que tenga mayor interés general.

Cuento de Reyes.

Tiene los ojos negros, como casi todas las mujeres de Israel; es esbelta como sus palmeras, y su boca es una granada abierta sobre el terciopelo de su tez. Un manto azul envuelve su airosa figura, que se dibuja en la ventana. Paulo ha pasado y la ha mirado amorosamente; pero sus ojos se han entristecido a la vista de una sarta de esmeraldas que se entrelazan en las trenzas de Esther. ¡El es tan pobre como un gusanito! Conversan un momento:

—Voy a Belén —murmura el humilde pastorcillo— en la cabalgata de los Reyes de Oriente. Ha nacido el Hijo de Dios, que redimirá al mundo.

—Yo también iré, Paulo —dice Esther—. Mandaré que mis esclavos carguen cien camellos de presentes para el Rey de los reyes.

Los camellos de Esther han sido cargados con brocados y joyas... y su dueña se ha engalanado como una novia, con mantos bordados de plata e hilos de perlas sobre el ébano de su cabellera. Está contenta porque cree que al Hijo de Dios le agradan las riquezas como a los hijos de los hombres, y llena de esperanzas emprende su camino.

La caravana atraviesa numerosos pueblos cubiertos de nieve. Todo se extiende blanco e igual. Lo único que alegra e ilumina es la clara estrella plateada. Los tres Reyes de Oriente destacan sus majestuosas figuras sobre el límpido cielo. Melchor, envuelto en su blanco albornoz, se confunde con la nieve; la esbelta figura de Gaspar se dibuja en el firmamento azul, y el venerable Baltasar, de luengas barbas blancas, va mirando extasiado la estrella que ilumina el camino.

Han penetrado los Reyes en el oscuro portal donde duerme el Niño Dios sobre unas pajitas, y Esther manda a sus criados volverse con los presentes: la pobreza en que ha encontrado al Niño ha sido como un reproche. Dios se muestra amigo de los pobres y Esther ha mirado a Paulo con envidia.

El Niño, con su mudo lenguaje, les habla de amor y ensalzamiento de humildes y débiles. En el corazón de Paulo se va abriendo una esperanza. Este nuevo Rey del mundo ha santificado la pobreza, naciendo en la miseria. Esther también ha sentido renovarse su alma con las ideas de humildad y amor, y según va convirtiéndose a las nuevas doctrinas, va naciendo en su pecho el nuevo amor que Dios puso sobre la tierra al descender por El hasta nosotros: el amor que ensalza a los humildes hasta los poderosos y nos hace a todos iguales, como a Paulo y Esther, a quien Dios enseñó a amarse santamente, como un deber, como un sacrificio, que así es más bello el amor.

Luz-María.

Elegía.

¡Pobres ojos que se adormecieron para nunca jamás despertar!

Ave blanca que, siempre volando, a los cielos se vino a posar, temerosa de que, en este suelo, entre el fango viniese a quedar. Blanca rosa que, apenas nacida, ha venido en seguida a cortar una mano que, al verla tan bella, con su esencia se quiere adornar.

¡Qué inocencia en su alma de lirio!

¡Qué sonrisa en su boca ideal!

Yo quisiera estar siempre a su lado... y a su lado en seguida volar, que las zarzas del rudo camino ya, sin ella, no puedo apartar.

¡Pobres ojos que se adormecieron para nunca jamás despertar!

LA DE CABELLOS DE INVIERNO.

El piso benéfico.

¡Para la mujer, en todas las esferas sociales, es tan importante todo lo que se refiere a la casa, a nuestra casa! ¡Está tan intrincado, tan horrible, el magno problema de la vivienda!... ¡Es una verdadera obsesión para todos, y en especial para el ama de casa, esta importante cuestión!... En mi imaginación se agolpan las ideas, con las cuales, sin querer, empiezo a divagar, soñar acaso...

Veréis. Yo haría... primeramente, que los pisos-estudios no pudiesen alquilarse como tales, si tienen vivienda; que éstos y los áticos no pudiesen pasar de un precio máximo, razonablemente económico, pues por bonitos que sean no dejan de tener los graves inconvenientes de ser muy fríos en invierno y muy calientes en verano, subir mal la calefacción (si la hay) y, lo que es aún peor, el agua, y tener menor importancia que los demás, puesto que, por lujosos que sean, no dejan de ser «el último piso». También haría que todos los pisos interiores no pudiesen pasar de un precio muy reducido, aun aquellos que tengan ciertas comodidades. El tener que atravesar un patio en algunos, o subir por otra escalera inferior, y aun subiendo por la misma escalera, el no tener vistas a la calle, los hace ser unos oscuros, todos tristonos, y el habitarlos implica que uno se resigna a vivirlos en gracia a que su alquiler sea económico, pues su importancia, por buenos que sean, es muy inferior a la de

los pisos exteriores de las mismas casas. Ningún interior debiera poder rentar más de veinticinco duros.

Asimismo, restringiría el número incalculable de pisos que los caseros han dado en alquilar sólo para oficinas, habiendo, como hay, escasez de viviendas; sólo permitiría para oficinas los pisos bajos de cada casa, que son, por su ventilación y escasa luz, los menos higiénicos para vivir; claro que los mismos inconvenientes tienen para oficinas, pero no es lo mismo la vida de unas horas sólo diariamente, y de hombres casi siempre, que la vida de días y noches, con niños sobre todo... También yo haría que jamás se permitiese poner el precio más caro fundándose en la capacidad del piso; generalmente cuanto más piso necesita el cabeza de familia, más necesidades tiene, más hijos o más familiares a quienes mantener y, por tanto, más gastos; y como a un cabeza de familia no le aumentan de sueldo por cada necesidad más que tenga, cuanto más numerosa sea su familia, más necesita el piso grande, pero... barato. Hay dos problemas, no uno sólo en esta vital cuestión de la vivienda: uno, la excesiva carestía; para el cual no hay otro arreglo que hacer una revisión verdad y obligada de contratos y ponerlos un máximo de renta fija; esto es, ver qué han aumentado las necesidades, mejor dicho gastos, de los caseros referentes a sus fincas; en el año catorce, se consideraba buena casa la que producía un siete; ahora la vida, las contribuciones, etc., han aumentado en... tanto, pues que cada casa rente como máximo ese tanto por ciento más que en el año catorce; es decir, casas antiguas (sobre todo) y modernas que pongan los pisos de modo que la renta de cada uno sea un tanto por ciento fijo más que el año catorce, un veinte, un veinticinco, un... ¡treinta y tres por ciento más, que es una tercera parte! ¡Me parece que sería justo! Pero que esté pronta y severamente castigado el que pase de ese tanto por ciento fijado y concedido. ¡Así no se verían cuartos de trece duros convertidos en... de cuarenta y cinco, y cuartos de quince en sesenta, etc., etc., que es absurdo, antimoral y revolucionario!

Pero hay también el segundo problema, que es el de ¿cómo hacen las casas! Casas de cuatro habitaciones, cinco a lo más..., contando todo; es decir, con servicios, o sea pisos individuales que no pueden albergar una familia o la hacen hacinarse; con lo que la única gananciosa es entonces... la estadística de tuberculosis, que desgraciadamente es la más verdadera de todas nuestras estadísticas.

Pero, en fin; como yo, pobre White Iris, nada puedo ni nada, por tanto, haré, yo escribo este articulillo movida de una idea que si fructifica, haría mucho bien. Hago un llamamiento a todos los caseros, los cuales, por necesitados que estén algunos, no cabe duda que lo estarán menos que los que somos simplemente inquilinos. Ahora, con la ocasión de aproximarse la Navidad, la conmemoración de la venida al mundo de Jesús, trayéndonos el amor y la paz, ninguna obra buena pueden hacer mejor los ricos que tener cada uno «su piso benéfico», esto es, dar cada uno un piso de su casa... muy barato.

Que tenga cada uno su piso benéfico y anunciado como tal; así, mientras las cosas se van arreglando (yo tengo gran fe de que se arreglarán), aunque cobre cada casero un tanto por ciento exagerado por sus demás pisos, su conciencia podría sonreír pensando: «Pero he dado la felicidad a una familia. ¡Tengo un piso benéfico!» ¡Ah, esto del sonreír de las conciencias vale mucho! Vale espiritualmente y egoístamente, pues deja gozar de la más nimia cosa el tener sonriente la conciencia. Y entonces, si mi ideal se realizase, dar preferencia para el alquiler del piso benéfico al más necesitado de él, si más de uno lo solicita. Si en cada casa de Madrid y de España hubiese «un piso benéfico», ¡cuánto ganaría nuestra pobre y desgraciada clase media!

WHITE IRIS.

La más bella aldeana.

¿Qué tiene la aldeana? ¿Por qué, triste, suspira?
¿Por qué sus bellos ojos entornados están?
Su reidora boca permanece cerrada,
y sus labios de grana tiemblan para llorar.

No pienses en riquezas, ni en soberbios palacios,
ni en ciudades grandiosas, ni en placeres sin par,
que todo son quimeras fantásticas de cuentos
que oíste a las viejas, y que no son verdad.

Tú quieres, en tus sueños, transportarte muy lejos,
y ver todas las dichas que se pueden lograr,
dominar con tu vista los placeres del mundo,
que no te los figuras cual son en realidad.

No creas que la dicha es menor en el campo;
tu príncipe encantado algún mozo será,
y tú la princesita de los cuentos de hadas
que una casita blanca por palacio tendrá.

Y cuando seas vieja y tengas muchos nietos,
no les cuentes grandezas ni les hagas soñar,
y así serán felices en su pueblo querido,
y labrando sus tierras la vida pasarán.

Enjúgate ese llanto, soñadora aldeana
de los ojos azules y labios de coral,
y que siempre tus sueños puedan ser realidades,
y tus risas alegren la paz de un nuevo hogar.

BUTTERFLY.



¡INGRATOS!

POR

JULIA LLORENTE



UCEDIÓ, pues, que el bueno de D. Lucas, con un modesto sueldo y unos menguados ahorros, cometió la osadía, inconcebible en su carácter, de casarse en estos malhadados tiempos de carestía y de prosaísmo. Hay dos épocas en la vida del hombre en que ama el matrimonio sobre todas las cosas: la primera, cuando sale de la infancia y entra en la categoría de hombre, y la segunda, cuando sube la fatigosa y empinada cuesta de los cuarenta, estropeado el estómago por los condumios de casas de huéspedes y agriado el carácter por la soledad; entonces, anhela la santa paz del hogar tan combatida por unos y no menos ensalzada por otros.

Don Lucas pertenecía a la segunda categoría, tanto por la edad (pues rayaba en los cuarenta) como por sus ardorosas apologías del amor, considerando a la mujer alma del hogar, confortadora del hombre, con otras lindezas de este jaez que repetía y aumentaba. Su existencia había transcurrido tranquila, «ni envidiado, ni envidioso», trabajando en una oficina y entreteniéndose sus ocios, que no eran muchos, en la lectura, hasta que un día monologó de esta suerte: «Dentro de un mes haré cuarenta años; bueno será que cumpla algún fin en la vida casándome y, sobre todo, que mis ideas cristalicen en realidades». Y ni corto ni perezoso contrajo, en breve, nupcias con su vecina Angustias —diez años más joven que él— con el mismo entusiasmo que un adolescente.

Los años del matrimonio deslizáronse felices. Aparte de su sueldo, trabajaba D. Lucas en algunos asuntillos, lo que, unido a la severa economía de su mujer, aumentó los ahorros de la pareja. Bastaba para colmar la felicidad un niño, y el niño vino —Javierito— colorado y risueño, siendo pocas las horas del día para hacerle gracias y cucamonas. Creció Javierito, y con él los mimos y la ineducación fomentada por la sempiterna bondad del padre, que todo lo reía y aprobaba. Sus travesuras y su desaplicación eran legendarias, y a los diez y ocho años, tras no pocos esfuerzos, logró ser bachiller. En vano su buena madre trataba de corregirle. D. Lucas intervenía en seguida, exclamando: «¡Mujer, no te exasperes; ten en cuenta que es un chiquillo y con los años sentará la cabeza!» Pero ni con los años ni con las reprimendas maternas sentaba la cabeza. El padre continuaba optimista.

Un día, la desgracia llamó a la puerta de aquella casa. Doña Angustias, con una pulmonía, rindió su tributo a la muerte.

□ □

Muriendo su mujer, perdía D. Lucas la «dorada medianía» que tanto había anhelado. La tranquilidad del hogar marchó definitivamente, pues sufriría con mansedumbre evangelica las faltas de aquel retoño que un día no quiso corregir.

Javier no tenía mala presencia ni vulgar conversación. Unido esto a los «sablazos» cuantiosos que daba a su padre, se comprenderá cómo, en el círculo de sus amistades femeninas, se le consideraba como un buen partido. Esto no era óbice para que jamás pensara labrarse un porvenir, el que tenía satisfechos los caprichos con holgura.

Conoció en un baile a Pepita Mendoza. Guapa chica, de arrogante figura, de elegantes *toilettes* y de lujo más o menos real. En el fondo, no tenía más que un pequeño defecto: ser «niña bien». ¡Benditas palabras!, que en la moderna jerga significan: desconocer el valor del dinero, aborrecer la aguja, divertirse mucho, aunque la casa se resquebraje; vestir con lujosos trajes, que difícilmente podrá pagar, y bailar con todos, excepción hecha del marido o novio,

según los casos. Pequeños defectos que el amor sabe hacer desaparecer. La cortejó y fué correspondido. Las relaciones se realizaron por el lánguido cauce que es ritual en estos casos.

Un año llevarían de esta suerte, cuando a Javier vino a ocurrírsele el último capricho que su magín le dictaba: casarse. Y se casó. ¿Cómo? Haciendo el siguiente razonamiento: «Mi buen padre puede sacrificarse por mí unos años; los suficientes a buscarme un destino. Hace falta una mujer en casa que le cuide y le mime, y esa puede ser la mía.» Pintó con vivas palabras su pasión al padre, cantó las excelencias del amor con dos frases románticas de Pérez Escrich y otras dos de la presente centuria, más o menos manidas, encareciéndole la necesidad de una mujer que llenara el vacío de la otra... Y el cándido don Lucas capituló una vez más.

□ □

¡Nunca lo hubiera hecho!

—Los gastos son cada vez mayores en esta casa! —exclamaba sollozando—. ¡Adónde iremos a parar!...

Los hijos le consolaban haciendo firmes propósitos de reducirse a lo estrictamente necesario. Empero, la tarde les sorprendía en el café de moda, y la noche, en el teatro, acordándose poco o nada de las lamentaciones y promesas.

Los ahorros del buen viejo, hechos a costa de tantos sacrificios, se desvanecían como el humo en frivolidades. Un día tuvo que empeñar una preciosa miniatura; otro, un soberbio dije de su mujer, que tenía el inestimable valor del venerando recuerdo. Su carácter, antes apacible, tornóse en hosco. Sus hijos no le comprendían; llámábanle «chiflado», y atribuían su fosquedad a los años.

Un día, llámóles a capítulo, exponiendo lo triste de su situación económica. Tenían que reducirse a las estrecheces de un sueldo. ¡Adiós succulentas meriendas, bulliciosos bailes, divertidos teatros! Era imposible tener resignación ante tamaña desgracia. Y como reza un refrán que «donde no hay harina, todo es mohina», aquella casa se convirtió en un infierno, y el ambiente de hipocresía desapareció, surgiendo un hijo ingrato y una nuera que atribuía el cambio de su vida a las intrigas de su suegro.

□ □

Todos los pillos tienen suerte. Una vez más la regla se confirmaba. Pepita heredó de una tía suya una bonita suma, y a su conjuero volvió a retornar la alegría y el bienestar para la dichosa pareja. Don Lucas, si antes tenía algún predicamento en su casa, ahora, ninguno, pues era considerado como un cero a la izquierda. Bastaba que hiciera la más inocente proposición para que fuera anulada por mayoría de votos. El, que se sacrificó generosamente por sus hijos, veíase hoy preterido.

La situación violenta en que se encontraba no podía durar mucho tiempo. Un trivial incidente con Pepita desató las furias de ésta.

—¡El casado, casa quiere! —exclamó—. ¡Creo que bastante tiempo he soportado sus rarezas!

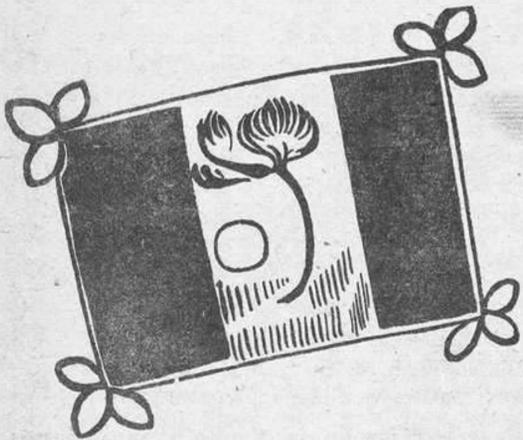
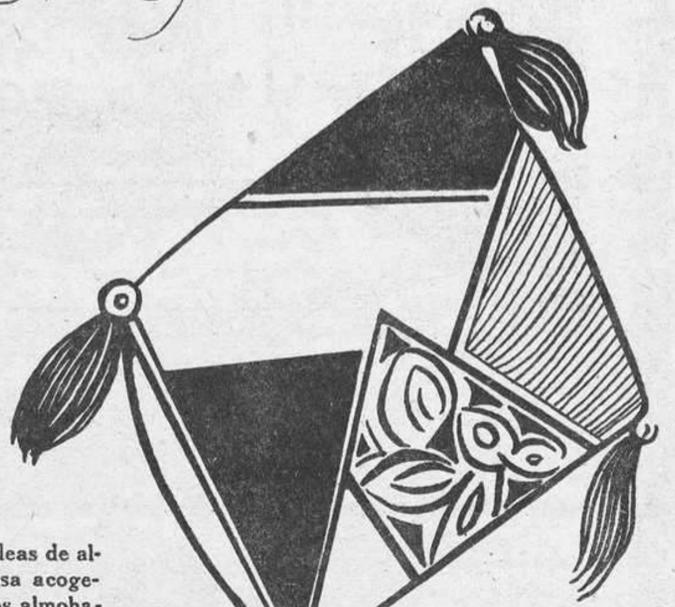
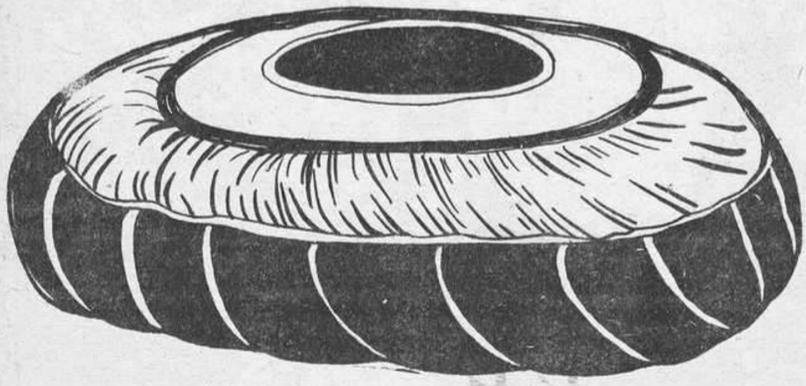
Javier, ¿qué hizo, sino aprobar la conducta de su mujer? Otro día mandarían por los trastos.

Encerrado don Lucas en su despacho, no oyó sino un fuerte portazo. Se marcharon sin una disculpa, ni una frase que atenuara la hiel de la ingratitud.

Quiso ponerse a trabajar, pero no pudo. Apoyó sus manos en las sienes, y las lágrimas humedecieron las cuartillas...

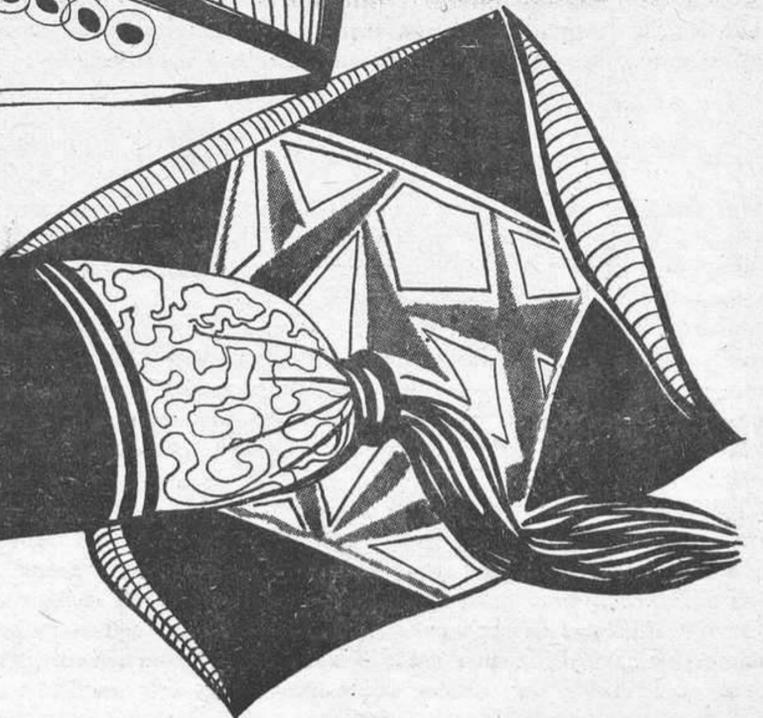
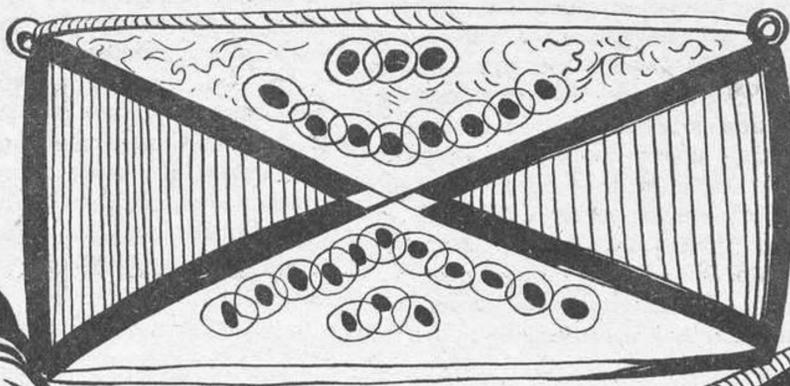
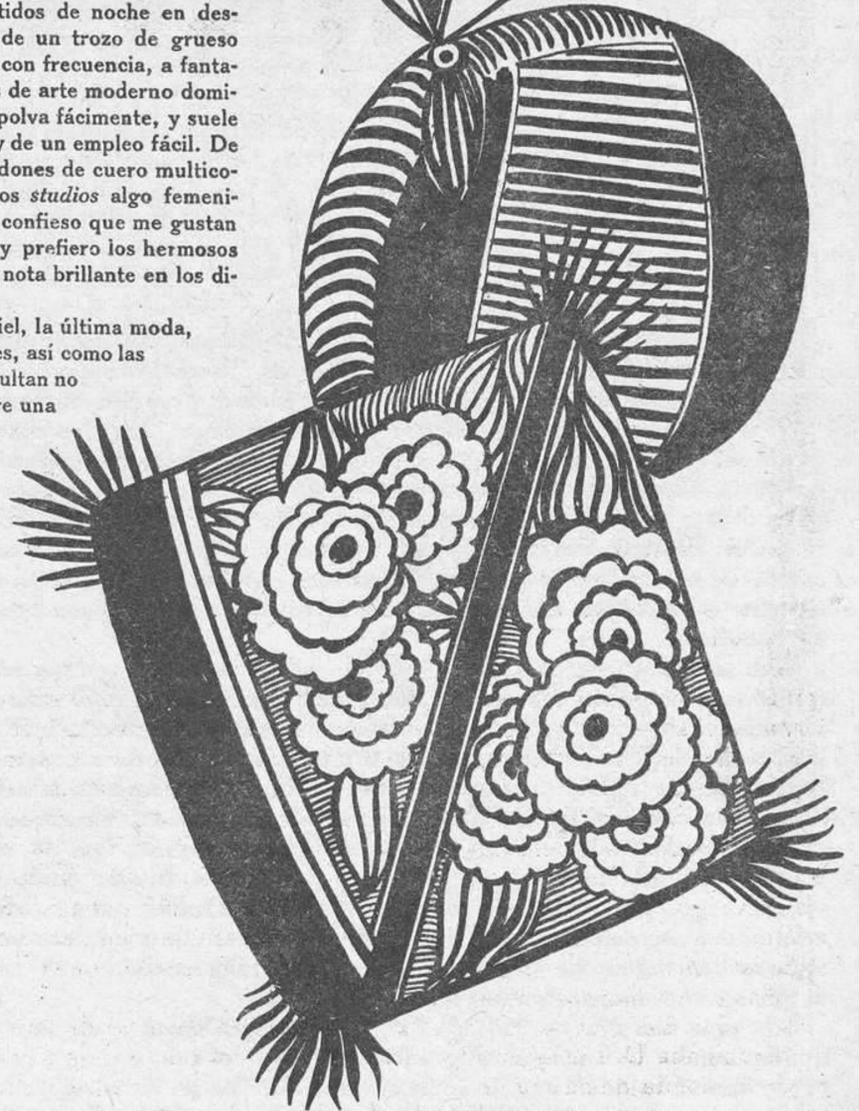
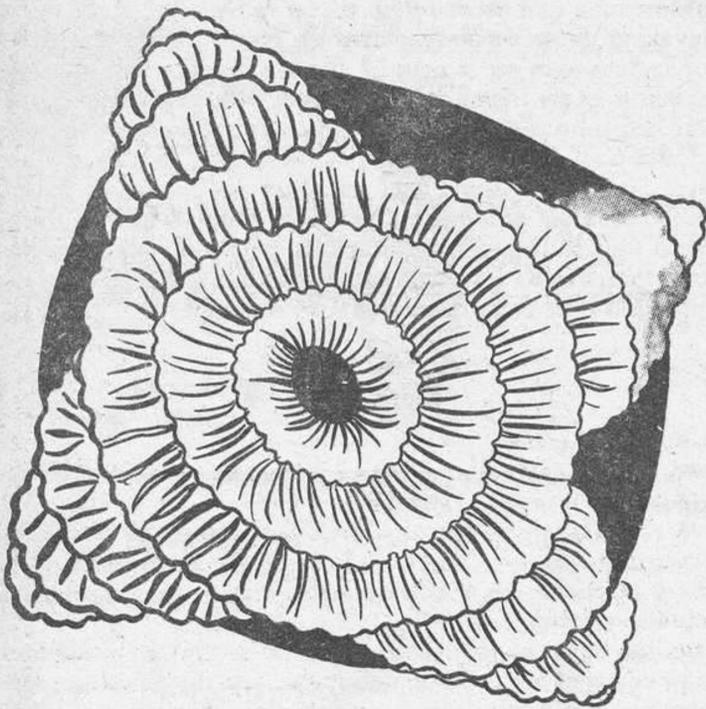
EL HOGAR RISUEÑO

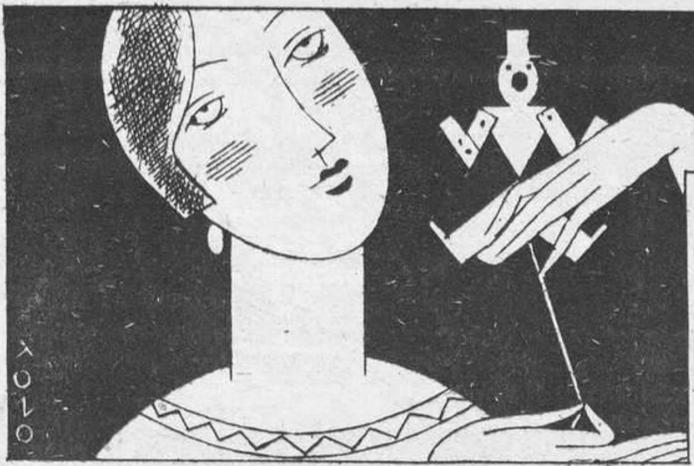
Almohadones



PRESENTAMOS hoy, en esta página, algunas ideas de almohadones que seguramente la amas de casa acogerán con agrado. Siempre hacen falta nuevos almohadones, y el empleo de los vestidos de noche en desuso, de algún retalito de terciopelo, de un trozo de grueso bordado o de ancha cinta, dan lugar, con frecuencia, a fantasías encantadoras. En los almohadones de arte moderno domina la nota negra: el terciopelo se empolva fácilmente, y suele preferirse el raso negro, que es sólido y de un empleo fácil. De algún tiempo a esta parte, los almohadones de cuero multicolor están muy en boga, lo mismo en los *studios* algo femeninos que en los *fumoirs*. Por mi parte, confieso que me gustan poco en las habitaciones algo íntimas, y prefiero los hermosos almohadones de *lamé*, que ponen una nota brillante en los divanes sombríos.

En cambio, los almohadones de piel, la última moda, el furor del día, son admirables, así como las mantas de piel, que resultan no menos hermosas sobre una cama que sobre un diván.





MONINA

NOVELA

POR

CY P

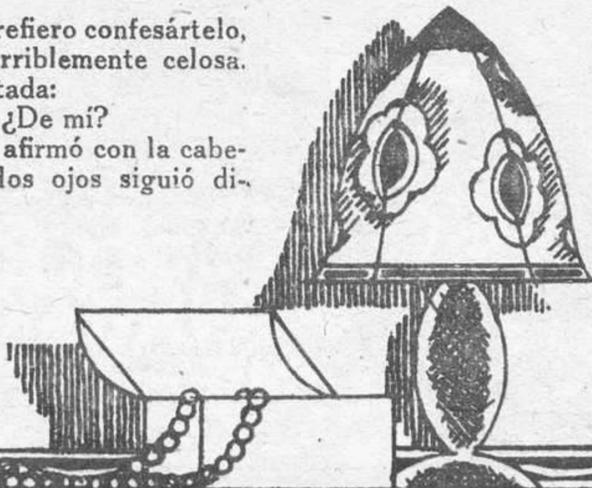
(Continuación.)

—¿Por qué?... ¿No es bastante rica?
—No es por eso. Aunque no tuviera nada me sería igual. Soy yo quien no es bastante rico para ella. Además, no me querrá.
—No lo sabes. Deberías hablarla.
—¿Crees?
—¡Claro que sí! Por probar nada pierdes.
—Pues bien, Monina: es a ti a quien amo como un imbécil, como un desgraciado que no espera nada y que nada se atreve a pedir.
—¿Tú me quieres?... ¿tú?
—Sí..., ¿y tú?... tú me detestas, ¿verdad?
—¡Oh, Juan!... ¡Cómo es posible que digas tales cosas! Sabes que te quiero... no como tú quisieras, no como quisiera yo misma. Pero, sin embargo, te quiero.
Se apoyó en su hombro, obligándole a detenerse, y rápidamente le pasó la mano por los ojos.
—¡Oh!... —dijo desolada—. ¡Lloras! ¡Y es por mi culpa!...
¡Juan, Juan, no quiero que llores! ¿Me escuchas?
De Blaye cogió la manita que le acariciaba el rostro y puso en ella un largo y ardiente beso.
Luego, apartando suavemente a Monina, que se estrechaba a él, se alejó de prisa.

XIII

—¿De modo que, decididamente, quieres marcharte?— preguntó Monina, apenada, a Juana Dubuisson, que doblaba sus vestidos en los compartimentos de un baúl de mimbre.
La joven, muy átareada, respondió sin levantar la cabeza:
—Sí; hace ya muchos días que estamos aquí y sería abusar...
—Ya sabes que no. Casi estaba convenido que te quedarías hasta el lunes; y, de pronto, cambias de opinión... ¿Qué ha pasado?
—Nada..., ¿qué quieres que pase?
—Si lo supiera, no te preguntaría. Veamos..., ¿qué puede ser...? Tú no tienes cara de aburrirte...
—¡Oh, Monina! Ya sabes que yo no me aburro.
—Ves, además, a tu novio casi tanto como en Pont-sur-Loire...
—Eso no.
—Eso sí. Echemos la cuenta, si te parece. El señor Spiegel ha pasado en París el sábado, el domingo y el lunes. El martes ha venido a comer con tu padre; el miércoles ha venido solo; el jueves ha tenido que apechugar, ¡pobrecillo!, con el almuerzo de la Confirmación; el viernes ha estado a comer y todos los días hemos tenido ensayo antes o después de comer, de modo que no ha faltado de aquí.
—Es verdad —respondió Juana haciendo un esfuerzo—. No ha faltado de aquí; pero maldito el caso que me ha hecho.
—¿Cómo es eso?
—¿Cómo? Muy sencillo; porque no se ha ocupado más que de ti.
—¿De mí?
—¡Sí, de ti, eso es! Y prefiero confesártelo, Monina: estoy celosa, horriblemente celosa.
Monina preguntó, asustada:
—¿Celosa de quién...? ¿De mí?
La señorita Dubuisson afirmó con la cabeza. Y con lágrimas en los ojos siguió diciendo:
—Perdóname que te lo diga. Ya veo que te causa pena; pero más vale decir la verdad

que dejarte suponer lo que no es. ¿Me guardas rencor?
—No, no...
Y añadió tristemente:
—Tú eres la que debes estar resentida conmigo. Pero ten la seguridad de que te engañas. El señor Spiegel, muy bien educado, ha estado atento conmigo porque soy la nieta del ama de la casa; nada más.
—Ha estado atento contigo por lo mismo que lo están los demás: porque eres adorable. Y tú lo sabes muy bien.
—Yo... no...
—Era seguro que habías de ejercer en él la misma influencia que en los otros. He sido una tonta en no prever lo que ha ocurrido. He contado demasiado con su afecto; he creído que me quería como yo le quiero. Esa ha sido mi equivocación.
—¿Entonces no te volveré a ver...? ¿Evitarás encontrarte conmigo?
—No. Hoy vamos a pasar el día juntas en el *rally-paper*.
—Como vosotros iréis en coche y yo a caballo, no os molestaré mucho.
Monina, después de un instante de silencio, preguntó inquieta:
—¿Por lo menos no creerás que es culpa mía lo que ha pasado?
—No, no creo nada, sino que eres una criatura encantadora y yo una muchacha corriente; nada más. ¡Te lo ruego, Monina, no te apenes!...
—¡Me dolería tanto no volver a verte!...
—¡Sí me verás! Pasado mañana volvemos a Bracieux, a la función. No hay más remedio, puesto que el señor Spiegel y yo representamos.
—¿Por qué dices el señor Spiegel, y no Francisco, como siempre? ¿Estás enfadado con él?
—El sábado —continuó Juana, sin responder a la pregunta de Monina— nos veremos en las carreras. El domingo, también en las carreras; y por la noche en el baile de los Tourville. Ya ves que no vamos casi a separarnos.
Monina respondió contristada:
—¡Lo mismo da! Nunca será ya como viviendo aquí. Lo que siento es que te vayas con sospecha...
En este momento entró la doncella, diciendo que la marquesa esperaba a Dionisia en el salón.
—¿En el salón a estas horas?— dijo Monina sorprendida.
—Está con ella el señor de Clagny.
—Bueno; diga que voy al momento.
Y volviéndose a Juana:
—¿Vienes conmigo?
—No; voy a concluir de hacer el baúl que deben llevar a Pont-sur-Loire después del almuerzo.
Un cuarto de hora más tarde volvió Monina saltando de alegría.
—¿No sabes? Aún vamos a pasar juntas esta noche.
—¿Dónde?
—¡Adivínalo!
—No se me ocurre... ¿En el teatro?
—¡Justo!... ¿Cómo has acertado?
—Porque recuerdo que le has repetido al señor de Clagny, en todos los tonos, que tenías muchos deseos de ir a la representación de las *Damas de Francia*... Y supongo que te ha traído un palco.
—¡Dos palcos! Dos hermosos proscenios de seis asientos cada uno. Y en seguida hemos convenido con tu padre que vendréis. Porque se me ha olvidado decirte que tu padre está ahí, con Spiegel; los ha traído el señor de Clagny.



—Pero —observó Juana— los tres vamos a molestaros...
—¿Pero no te digo que hay doce asientos? La abuela y yo, dos; vosotros tres, cinco; nos sobran siete plazas: no quiere venir nadie...

—¿Los Rueille?...

—Pablo, sí; Bertrada, no; ya somos seis. Juan y Enrique no vienen. Tío Alejo tampoco. Y Pedrito está castigado. Queda aún el señor de Clagny..., y también pienso invitar al señor de Giraud. Ocho entre todos.

Y como Juana no dijese nada, continuó:

—Ya veo que no sientes la menor gana de pasar la velada con nosotros... conmigo, mejor dicho... ¿Buscamos un pretexto?

—No, no. No busco nada. Por lo demás, puesto que es cosa convenida con papá...

—Sí, lo es. También había invitado al señor de Bernés, pero dice que no puede, que tiene que estar con sus compañeros.

—¿Dónde has visto al señor de Bernés?

—En el salón, hace un momento; ha venido a traer la invitación para el señor Giraud. Juan le había escrito pidiéndosela, porque el señor Giraud deseaba ir al *rally-paper*, y como se trata de una merienda ofrecida por los oficiales, la abuela es tan timorata que no ha querido llevarle sin invitación.

—¿Almuerza con nosotros el señor de Bernés?

—No. Se ha marchado. Dice que tiene que hacer. El punto de reunión es a las tres en la encrucijada del Rey, muy cerca de aquí; pero los que vienen de Pont-sur-Loire tienen una caminata.

—¿A qué hora salimos?

—A las dos y media, los carruajes, y a las dos y cuarto, los que van a caballo. ¡Oye! Casi me dan ideas de vestirme antes de almorzar, para estar así ya arreglada y no tener que pensar en ello.

—¿Qué te parece?

—Aún te queda media hora.

—Vente conmigo este rato, puesto que ya estás lista.

Juana siguió dócilmente a Monina, que corría cantando por los corredores.

—Tú siempre estás alegre; pero hoy te encuentro contenta como nunca. ¿Qué te pasa?

—Nada. Me regocijo pensando en el *rally*, en el teatro, en el buen tiempo, en el cielo azul, en las flores frescas, en lo delicioso de la vida... Eso es todo.

—Ya es algo.

—¡Siéntate! —dijo Monina, haciendo caer a Juana en una gran poltrona Luis XVI.

La joven se sentó, contemplando la habitación, tapizada toda, paredes y techo, de cretona rosa pálido con grandes amapolas blancas. Los muebles Luis XVI estaban también barnizados en rosa. Por todas partes había flores en cristalinis búcaros de formas caprichosas y raras. Y en el ambiente, un delicioso aroma incierto y penetrante, mezcla de chipre, iris y heno cortado.

Juana aspiró aquel perfume, que la agradaba, y preguntó:

—¿Qué pones en tu cuarto, que huele tan bien?

Monina respondió, olfateando a su alrededor con todas sus fuerzas:

—Sí que huele a algo, pero no sé a qué; yo no perfumeo con nada.

—¡Cómo! —dice Juana estupefacta—, ¿no pones nada? Parece increíble.

—Absolutamente nada.

Dionisia iba de un lado a otro de la habitación, desnudándose poco a poco. Luego se vistió una camisa de hombre con cuello muy alto, deslizó sus piernas bonitas en unos pantalones de paño blanco y, sentándose en la cama, calzó las botas; unas botas flexibles de cuero amarillento, que se amoldaban a sus pies exquisitos.

—¿Quieres que te ayude a ponerte la falda? —dijo Juana. Luego preguntó sorprendida—: ¿Y el corsé?

—No me lo pongo.

—Pero... lo llevas siempre, ¿no?

Un leve carmín coloreó sus mejillas y respondió:

—Sí... Hoy, es que estoy muy cansada.

—Y ¿no temes deformar tu levita encarnada, tan bonita? ¡Te sienta tan bien! Todas las ballenas van a torcerse con la presión. No hay nada que deforme un vestido como ponerse sin corsé.

—Prefiero estar a mi gusto, aunque la levita me siente peor.

Contemplando atentamente a Monina, que, de pie ante un espejito, acababa de ponerse el cuerpo de vestido, murmuró Juana:

—¡Qué bien te está! Ni pintado. Es la perfección misma. Y luego, ¡tienes un talle tan bonito!...

Dionisia estaba muy

ocupada en clavar una perla en el delantero de su corbata blanca. La punta del alfiler se rompió con un ruido seco.

—¡Qué lástima! —exclamó Juana.

—¡Bah!... —dijo Monina—. No valía gran cosa. Si gano una apuesta a discreción que tengo con el señor de Bernés, le pediré un alfiler fuerte.

Y añadió riendo:

—Y no caro, para que no parezca un regalo.

—¿Tienes una apuesta con el señor de Bernés?

—Sí.

—¿Una apuesta a discreción?

—Sí... ¿No está bien?

—Sí...; pero es un poco raro.

—A ver si vas a escandalizarte tú, como mi abuela!

—¿Y qué has apostado con el señor de Bernés?

—Yo, que habría, por lo menos, un accidente en el *rally-paper*. El, que no habría ninguno.

—Es muy posible.

—No lo creas; los hay siempre. Sería el primer *rally* sin accidente. Ten en cuenta que no se trata sino de caídas, de esas en que luego se levanta uno y se acabó. No quiero predecir que se mate alguien, ¿comprendes?

—¿Supongo que no te caerás tú?

—¡Oh... yo! —dice Monina brillándole los ojos alegremente—. No hay cuidado. Nunca tuvo *Patatrás* los remos más firmes. Dame las tijeras que hay ahí encima, ¿quieres?

Juana preguntó, alargando las tijeras:

—¿Qué vas a hacer?

—Sacar las ballenas del talle. Tienes razón: sin corsé se doblarán. Mañana se vuelven a meter en las cintas.

Quitóse rápida el corpiño rojo, sacó las cinco ballenas y, volviéndosele a poner, exclamó gozosa:

—¡Dios mío, que a gusto estoy! ¡Es delicioso!

Juana la contempló admirada.

—¡Hay que ver, ni una arruga! ¡Hace falta tener buen cuerpo para eso!

Cuando a las dos y cuarto en punto, exacta como siempre, Monina apareció en la escalinata, se encontró con Enrique de Bracieux, Juan de Blaye y Pedrito. Sólo faltaba el señor de Rueille.

Los caballos pafaban impacientes desde hacía un rato, fastidiados por las moscas. Sólo *Patatrás*, muy tranquilo, tascaba el freno mirando apaciblemente a su alrededor.

Bertrada se asomó a una ventana y dijo:

—No esperéis a Pablo, que empieza ahora a vestirse. Ya os alcanzará.

—¿Quieres que nos marchemos, Monina? —propuso Juana.

La otra contestó perpleja:

—Casi me están dando ganas de que os vayáis sin mí. Vuestros tres caballos se agitan rabiosos y me van a excitar a *Patatrás* que no quiere sino que se le deje tranquilo. Id vosotros delante..., ya nos encontraremos luego; no hay nada que me irrite tanto como montar un caballo que arranca a todo correr, y es lo que me pasaría si fuera con vosotros.

—¿Entonces —preguntó Enrique malhumorado— esperas a Pablo?

Monina indicó los coches que salían del patio de las cuadras:

—No; voy a escoltar a la abuela.

—Eso es precisamente lo que va a excitar a tu caballo.

—No, hombre, no. ¡Si lo conoceré yo! Bueno, todo lo que os pido es que os marchéis y no os ocupéis de mí.

—¡Eres encantadora! —dijo Pedrito, preparándose a montar en su jaca.

Y dirigiéndose a los demás añadió, majestuoso y enojado:

—Dejémosla, puesto que no quiere venir con nosotros.

Juan, montando en su caballo, respondió, medio en broma y medio en serio:

—Creo, efectivamente, que es lo único que podemos hacer.

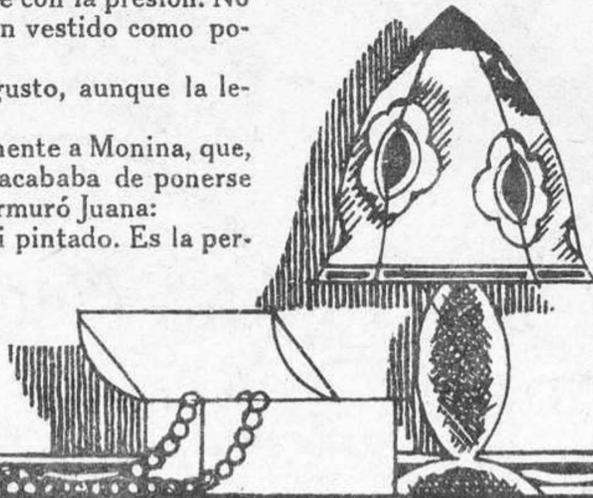
Al desaparecer los tres por el recodo del paseo, salió el señor de Clagny del vestíbulo. Venía a ver si su *mail* estaba bien enganchado, y quedóse sorprendido al encontrar a Monina.

—¡Qué simpática está usted con esa chaquetilla roja! —dijo deslumbrado—. Generalmente el rojo come el color y a usted, al contrario, la pone más encarnada.

Cuando supo que la joven acompañaba los coches hasta el sitio convenido, se puso muy contento.

La marquesa se acercaba seguida de todos los suyos. Montó en el landó con los Dubuisson y el señor Spiegel.

(Continuará en el número próximo.)





TAPETE PARA COMEDOR

Es muy elegante y nuevo, constituyendo esta clase de trabajo la última moda en tapetes, almohadones, calendarios, bolsas de labor, alfombras, etc., etc.

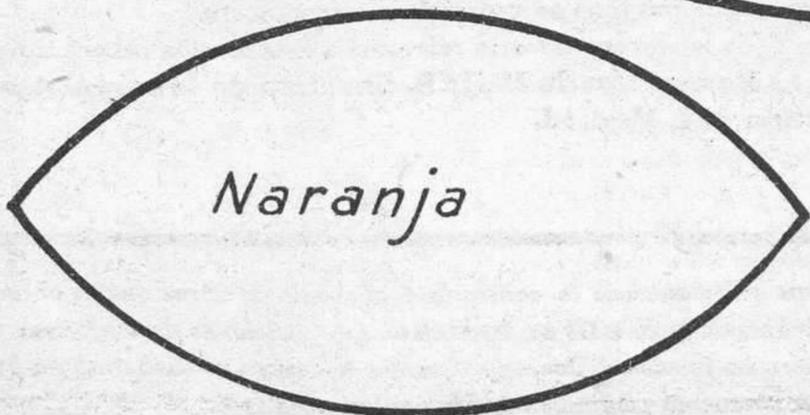
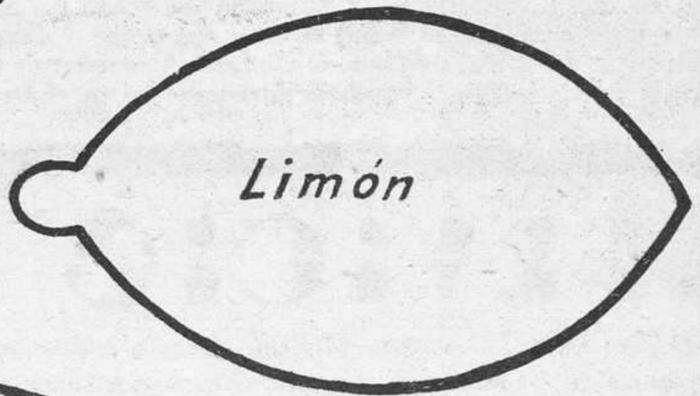
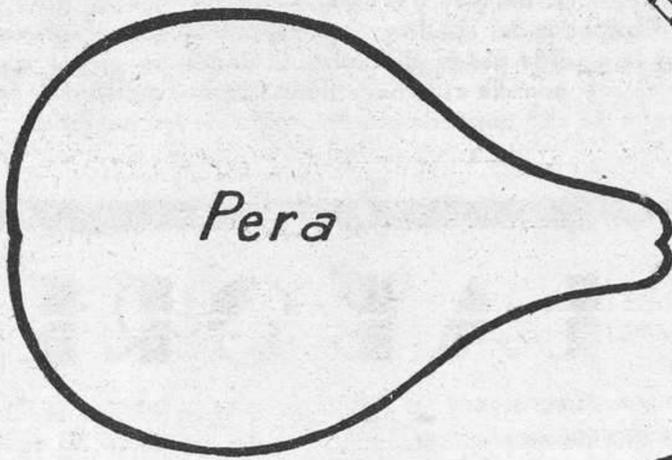
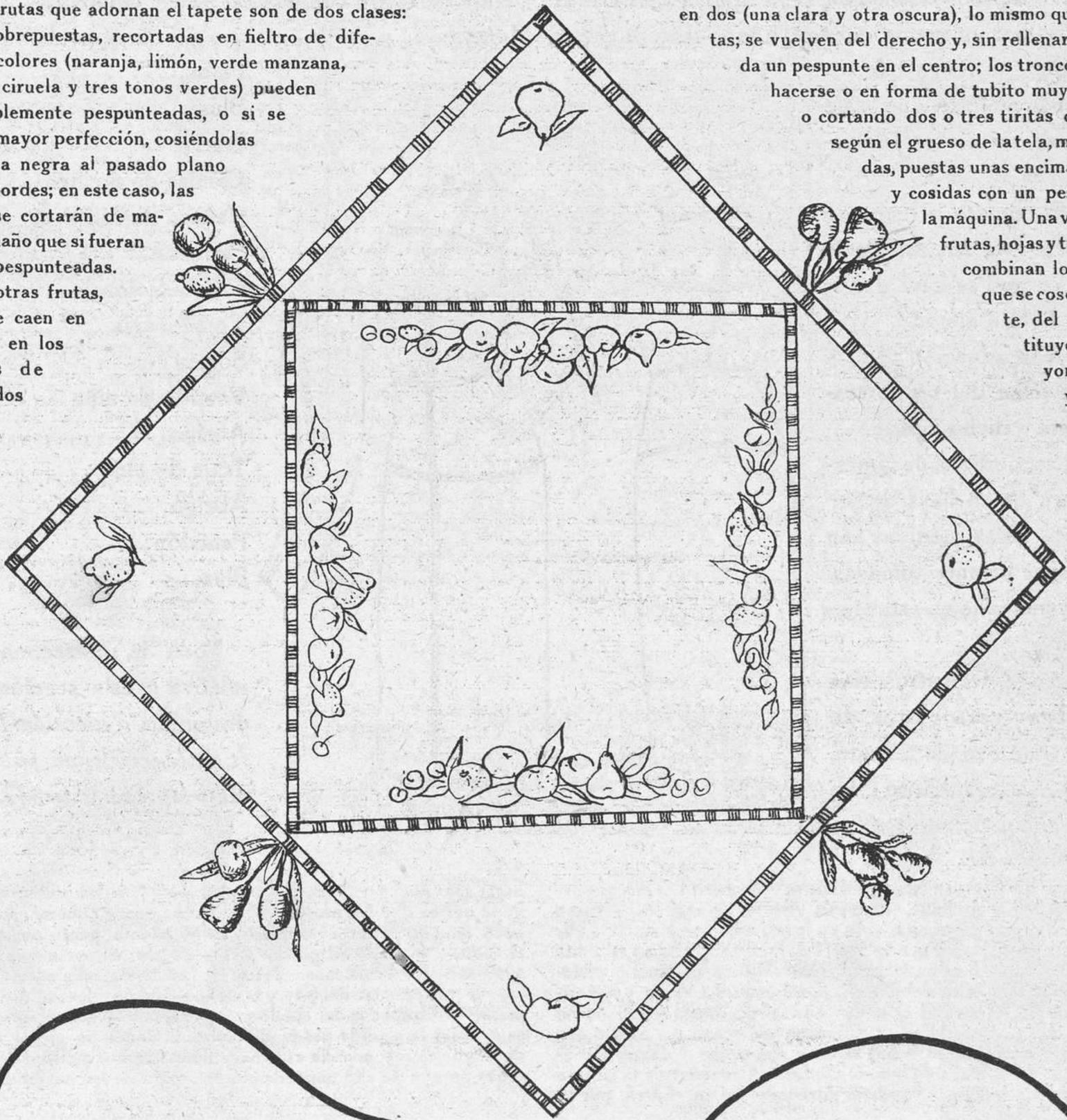
El modelo es de fieltro negro; lleva como remate una tira de fieltro verde reseda, cogida de trecho en trecho con unas puntadas de lana negra, de modo que quede un cuadro negro y otro verde; este mismo adorno constituye el cuadro del centro.

Las frutas que adornan el tapete son de dos clases: unas, sobrepuestas, recortadas en fieltro de diferentes colores (naranja, limón, verde manzana, cereza, ciruela y tres tonos verdes) pueden ir simplemente respunteadas, o si se quiere mayor perfección, cosiéndolas con lana negra al pasado plano en los bordes; en este caso, las frutas se cortarán de mayor tamaño que si fueran sólo respunteadas.

Las otras frutas, las que caen en racimo en los centros de los lados

del tapete, centros que se colocarán en los picos de la mesa, son de relieve; para hacerlas, nos valdremos de los patrones que acompañan al tapete, cortando cuatro para el limón y la manzana, tres para la pera y seis para la naranja; estos trozos se unen con una costurita fina (puede hacerse a maquina), dejando en una de ellas un trozo sin coser para volverla del derecho; se rellena luego de algodón en rama y se cose este huequecito.

Las hojas se cortan en dos tonos verdes y se cosen de dos en dos (una clara y otra oscura), lo mismo que las frutas; se vuelven del derecho y, sin rellenarlas, se les da un respunte en el centro; los troncos pueden hacerse o en forma de tubito muy delgado, o cortando dos o tres tiritas de fieltro, según el grueso de la tela, muy delgadas, puestas unas encima de otras y cosidas con un respunte en la máquina. Una vez hechas frutas, hojas y troncos, se combinan los ramitos que se cosen al tapete, del que constituyen la mayor novedad y gracia.



SERVICIO DE PATRONES



MUJER ofrece a todas sus lectoras, aun a las menos expertas en la ciencia del corte, el medio fácil, rápido, práctico, sencillo, seguro y económico de reproducir

CUALQUIER FIGURÍN DE MODAS

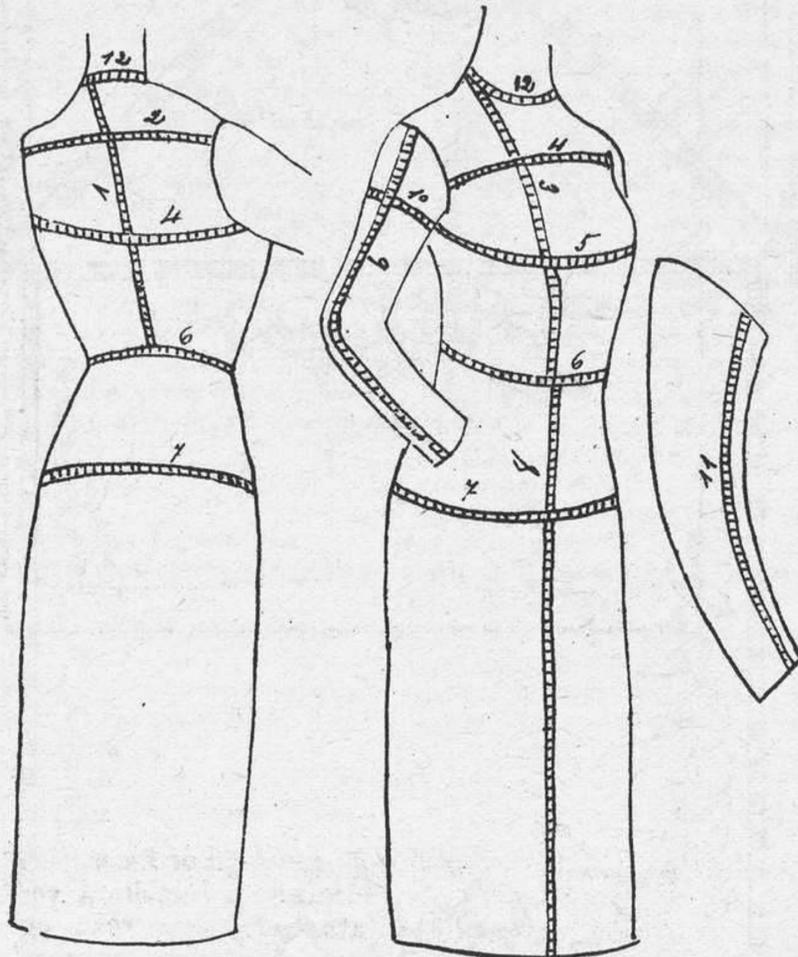
que se publique o se haya publicado en esta Revista. Para ello ha montado un servicio de patrones que se remitirán, por un precio módico, a toda lectora que lo desee, sin que tenga que tomarse más molestia que la de enviar las siguientes indicaciones:

1.^a El número y fecha de la Revista y el número de la página en que se haya publicado el figurín elegido.

2.^a Reproducción de la primera línea del pie correspondiente a dicho figurín.

3.^a Las medidas de la persona para quien haya de ser el patrón. Estas medidas han de ser exactamente tomadas, según va indicado en esta misma página.

El importe del patrón más 50 céntimos para gastos de envío y franqueo certificado, puede enviarse por Giro Postal o en sellos de correos.



Manera de tomar las medidas.—Número 1. *Talle por detrás.* Como indica el dibujo.—Número 2. *Ancho de espalda.* A unos 10 cms. del centro del cuello, y de un brazo a otro.—Número 3. *Talle por delante.* En la forma que indica el dibujo, anotando en esta medida el punto que roza en la parte más saliente del pecho.—Número 4. Todo alrededor del cuerpo, por debajo del brazo, y por encima del pecho, quedando el metro horizontal, tanto en el pecho como en la espalda.—Número 5. *Contorno de pecho.* Lo mismo que la anterior, sino por la parte más saliente del pecho y dando 1 centímetro más de lo justo.—Número 6. *Cintura.* Alrededor de la cintura y bien ajustada.—Número 7. *Cadera.* Alrededor de la cadera, por su

Los precios de los patrones son los siguientes:

Pesetas.

Vestido de señora.....	2,75
Vestido de señora, complicado.....	3,25
Traje de sastre completo (levita y falda).....	4,00
Levita.....	3,25
Falda.....	2,00
Blusa.....	2,00
Abrigo.....	4,00
Camisa de noche....	2,00
Camisa de día.....	1,50
Pantalón.....	1,50
Combinación.....	2,00
Corsé o faja.....	2,75
Sostén.....	1,50
Vestido de niña.....	2,75
Abrigo.....	2,75
Traje de niño.....	2,75
Abrigo.....	3,00
Pantalón.....	1,50
Blusa.....	1,50

Toda la correspondencia relativa a esta sección debe dirigirse a *Redacción de MUJER. (Servicio de patrones.) Madrid, Apartado 447.*

parte más ancha.—Número 8. *Largo de falda.* De la cintura hasta donde se quiera que llegue.—Número 9. *Manga* desde el hombro a la muñeca, teniendo el brazo doblado y anotando el punto que roza con el codo.—Número 10. Alrededor del brazo, por su parte más ancha y añadiendo 3 ó 4 cms. más.—Número 11. Desde el nacimiento del sobaco, a la muñeca, por delante, y teniendo el brazo bien estirado.—Número 12. Alrededor del cuello por su parte más baja. Para vestido, se anotará la medida desde el hombro, a donde se quiera que sea de largo. Se recomienda especial cuidado en la exactitud de las medidas porque de ello depende el buen éxito de los patrones.

SERVICIO DE LABORES

Servicio de labores.—MUJER ofrece a todas sus lectoras un medio fácil y cómodo de reproducir cualquier labor cuyo grabado se haya publicado en sus páginas.

MUJER envía a cualquier lectora que lo desee las labores elegidas, empezadas y con todo el material necesario para su confección: tejidos, lanas, sedas, algodones, agujas, ganchillos, etc., etc., en condiciones económicas *excepcionalmente ventajosas.*

Para saber el precio de determinada labor (empezada y con todo su material correspondiente) la lectora no tiene más que escribir

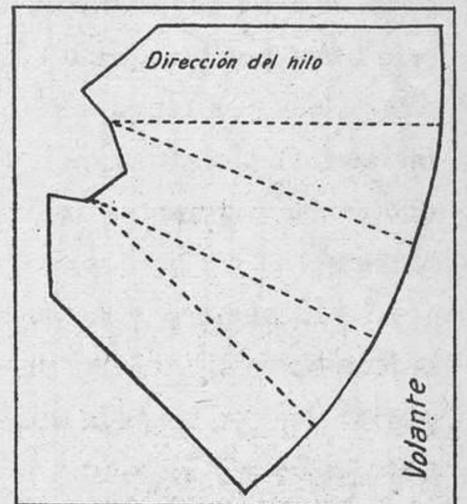
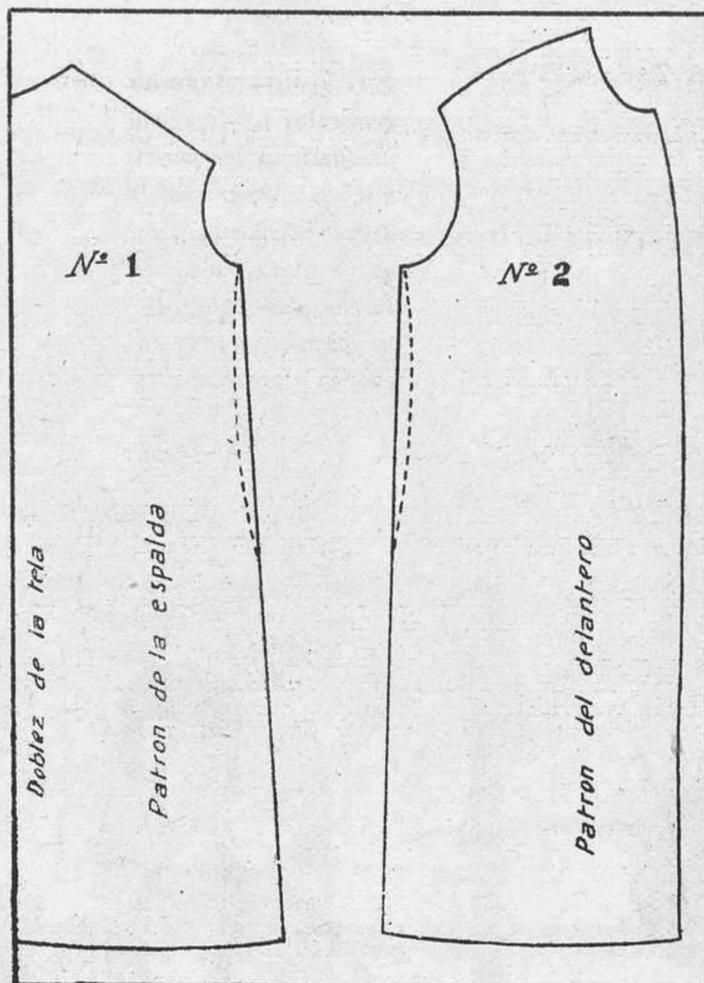
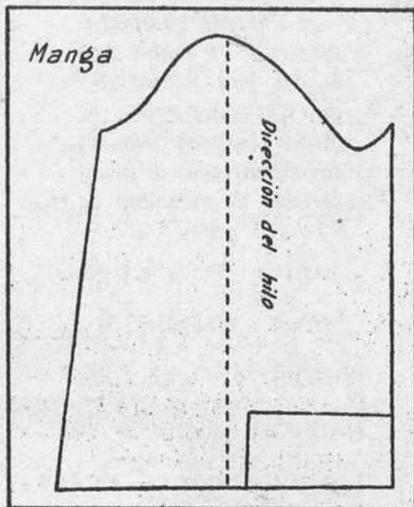
indicando las dimensiones que deberá tener la labor y la clase de materiales que desea emplear, incluyendo en la carta 50 céntimos en sellos, para gastos de envío y franqueo de la respuesta. A la mayor brevedad, recibirá la contestación y le bastará entonces con enviar por Giro Postal o en sellos el importe para recibir la labor empezada con todo su material correspondiente.

Toda la correspondencia referente a esta sección deberá dirigirse a **Redacción de MUJER. Servicio de labores. Apartado 447, Madrid.**

Todos los suscritores a MUJER por un año tienen derecho —mientras no se anuncie lo contrario— al regalo de libros que se anunció en los primeros números de MUJER; pero precisamente en las condiciones que allí se indican. Las peticiones disconformes con ellas no serán tenidas en cuenta. Los que no hayan hecho uso de este derecho pueden reclamarlo. Los que necesiten consultar algún punto relacionado con este regalo o con otro asunto cualquiera, deben enviar cincuenta céntimos para la contestación.

LA COSTURA EN CASA

Un trajecito "en forma"



ESTE trajecito es muy fácil de hacer y su patrón es sencillísimo. Resultará encantador en *charmeline*, en raso, en crespón de China; la tira que aparece en el cuerpo y los picos de la pegadura del volante, se subrayan con crespón de China de color.

He aquí las indicaciones para utilizar el patrón dibujado en esta página:

Se coloca, al hilo, el patrón de la espalda sobre el doblez del tejido, y el patrón del delantero sobre la orilla del tejido, dejando un espacio de 5 a 6 centímetros para reservar el sitio de los ojales y los botones. Desde la sisa de las mangas hasta las caderas se entallan ligeramente las costuras; se unen la pieza número 1 a la pieza núm. 2. Se prueba. Después de rectificar lo que haya lugar, se coloca el volante, prendiendo sobre la persona, con alfileres, el patrón (fig. 3) y dibujando a lápiz, a la altura que se quiera, las ondas de la pegadura. En este modelo pueden hacerse 2 ó 3 canelones, según se desee más o menos vuelo. Hecho el volante, se coloca el hilo del delantero del volante sobre el hilo de la falda. Para pegar, se sostienen las ondas del volante, con una cintita de seda muy tenue y muy estrecha; en caso necesario, hasta puede utilizarse la orilla de un tejido de seda, que se cose con puntadas muy menudas; luego se pegan los costados del volante con un pespunte, sobre la parte núm. 2, y de este modo todo permanece en su sitio.

La manga se ensancha en su parte inferior y va abierta, en el sentido de la altura, a unos 5 ó 7 centímetros del puño. Se corta por el patrón núm. 4.

El cuello, al hilo, y la cintura, salen de los recortes de la tela.

Este trajecito puede adornarse con un galón de oro o de plata, según sea el color del tejido; los botones pueden ser de cristal.



B L U S A S



El «sweater» es, en estos momentos, la prenda predilecta de las parisinas. Este lindo modelo de crepón color de plátano, bordeado con una jareta color tabaco, tiene las mangas muy anchas en su parte inferior.

Abajo, a la derecha, «casaque» de terciopelo azul con encaje de plata. Cruza por delante y se abrocha completamente a un lado. Los bordes van subrayados por un ténue galón de plata. Desde un hombro, cae un entredós de plata forrado de muselina de seda.

La blusa es una prenda sumamente práctica, sobre todo para las muchachas, que pueden así cambiar de atavío con frecuencia, sin grandes gastos. Este modelo, de terciopelo blanco, cuadriculado de negro y con un chaleco de «crepe Georgette», producía un efecto maravilloso en un té del Ritz, últimamente. Le remataba una ancha cintura anudada a un lado.



Esta «casaque» es sencillísima de forma; pero su línea, que se ensancha algo desde el talle, reproduce un movimiento que ha sido creado por «Jenny» para el entretiempo y que, probablemente, volverá a adoptar en su colección de primavera. Este modelo es de terciopelo gris, bordado en negro y verde.



«Casaque» de «crepe Georgette» adornada con tiras de pliegucitos del mismo tejido; este adorno, tan en boga actualmente, es delicadísimo. Las tiras pueden pegarse con una vainica.



«Casaque» de seda azul, bordada a estilo japonés.

En el centro, «casaque» de «crepe satin» negro, subrayada por una cinta de plata.



Esta «casaque», de terciopelo gris, bordada de piel de conejo, lleva en su parte inferior un bordado con gruesos botones de piel.

CULTURA FÍSICA

DE algunos años a esta parte, la cultura física ha tomado una importancia considerable en la higiene femenina, y los médicos que se ocupan de estas cuestiones transcendentales han hecho numerosas observaciones.

Uno de ellos me decía recientemente que las mujeres..., digamos no muy jóvenes, las que temen perder su silueta al envejecer, son las únicas clientes verdaderamente convencidas, mientras que las muchachas, por el contrario, se dedican a todos los deportes sin discernimiento.

Sin embargo, las muchachas necesitan ejercicios cuidadosamente escogidos, pues a su edad el programa de estos ejercicios debe tender, principalmente, al desarrollo de la musculatura abdominal y pectoral; deberá comprender los ejercicios que exigen mayor gracia y flexibilidad que fuerza y rigidez, a fin de cultivar y aumentar así los encantos naturales de la mujer.

Por estos motivos, la gimnasia rítmica es el mejor de los deportes. Según ha dicho excelentemente el doctor Desfossés, es «un solfeo de todo el cuerpo»; no tiende al desarrollo de la fuerza muscular, pero sí al perfeccionamiento del sistema nervioso, y corrige lo que puedan tener de rígido y militar los ejercicios educadores suecos.

Para las mujeres de más edad, esta gimnasia sueca es excelente, sobre todo en el momento en que el sistema circulatorio se congestiona y la grasa empieza a deslizarse entre los tejidos.

No debe decirse «no tengo tiempo»; diez minutos de ejercicios por la mañana no entorpecen nada las obligaciones del día.

A continuación, van algunos ejercicios, que os proporcionarán una flexibilidad de que vosotras mismas quedaréis maravilladas:

1.º Los brazos, primero caídos a lo largo del cuerpo, se elevan rectos sobre la cabeza (seis veces).

2.º Las dos piernas se alzan juntas de manera a formar un ángulo recto con el cuerpo (seis veces).

3.º Estando tumbada en el suelo y con los brazos alzados sobre la cabeza, se bajan éstos y se colocan a lo largo del cuerpo, ejecutando para ello un movimiento circular.

4.º Con los brazos en alto, se alza el busto hasta sentarse, sin mover las piernas.

Este ejercicio tiene una importancia capital, pues hace que jueguen admirablemente los músculos abdominales.

Al principio, podéis apoyar los pies en un mueble; pero no tardaréis en adquirir la fuerza de los músculos de la cintura.

No os descorazonéis porque tengáis algo de agujetas los primeros días, y proseguid con perseverancia.

5.º Os ponéis de pie y levantáis los brazos mientras aspiráis con fuerza.

6.º Alzáis los brazos y los volvéis a bajar lentamente, inclinando el busto, hasta que toquéis el suelo con los dedos. No lo conseguiréis en seguida; pero si repetís este ejercicio a diario, acabaréis por conseguirlo.

Es preciso que solamente se incline el busto, mientras que las piernas permanecen rígidas.

Un médico de mucha fama me ha afirmado que estos ejercicios, repetidos cada uno seis veces al día, bastan para dar a la musculatura abdominal la fuerza necesaria.

Metodiza de esta forma las mañanas de sus clientes:

1.º Al levantarse, tomar un vaso de agua.

2.º Ejercicios físicos.

3.º Baño tibio, seguido de una ducha algo fresca.

4.º Desayuno compuesto de té con una galleta.

5.º A las diez, un vaso de agua con una fruta.

Esta higiene parece ser que basta para dar al cuerpo la flexibilidad que tanto anhelan poseer todas las mujeres.



LA SALUD DE LOS NIÑOS

por el Dr. J. A. Alonso Muñoz



El ilustre Dr. A. Muñoz comienza hoy su anunciada y preciosa colaboración. En este primer artículo trata magistralmente, y a modo de preámbulo, un tema general. Los artículos sucesivos tendrán un interés más directamente práctico. Recordamos que entre los temas de que el Dr. Muñoz se propone tratar en la sección **La salud de los niños** están los siguientes: Cuidados al nacimiento del niño; la alimentación del niño en los primeros días; lactancia materna; lactancia mixta y a biberón; desarrollo del niño y crecimiento; vigilancia de la madre; la «nurse», el aya y la niñera; higiene general del niño; modo de evitar las enfermedades transmisibles; primeros cuidados al niño enfermo, etc., etc.

LA MORTALIDAD INFANTIL

Al iniciar con esta crónica la sección de «Puericultura» de la revista, es un deber de cortesía dirigir un saludo, lo cual me es muy grato, a las lectoras que tengan la paciencia de leerme. No soy literato, lo que es un grave inconveniente para conseguir hacerse ameno. Bien es verdad que cuando se ha de tratar de cuestiones que tienen su base en conocimientos científicos, poca literatura es necesaria, y a veces hasta sobra. Pero, no obstante, yo en estos momentos desearía poseerla, para que no fuera demasiado árido el camino a recorrer y que me fuera posible conseguir dar cima a los asuntos que me propongo tratar sin fatiga ni cansancio por parte de la lectora. Sin embargo, emprendo gustoso la tarea que me he impuesto, en gracia al fin que persigo con ella, cual es el divulgar los conocimientos modernos de puericultura, contrarrestando ideas erróneas y prejuicios que aún subsisten en el arte de criar a los niños. ¡Ahí es nada! ¡Criar a los niños! Encierra esta palabra, no sólo la idea de la forma de alimentación que más le conviene en sus primeros días, en sus primeros años, sino también la del estudio de la higiene en sus múltiples aspectos, la evitación del sinnúmero de enfermedades que continuamente les acechan, y aún más, el cuidado de su espíritu, el modelamiento de su carácter, su educación, su orientación ante los múltiples problemas que les ofrecerá la vida hasta que se hagan hombres.

Es muy complejo criar bien a los niños, y se comprenderá cuán vasto es el campo que nos ofrece el estudio de la puericultura.

Está perfectamente justificada la creación de esta sección en una Revista de esta índole, por lo que felicito efusivamente a su director (si bien no tuvo acierto al elegir quien había de desenvolverla). Esta publicación llegará a muchos hogares donde, sin duda alguna, conocerán muchas de las cosas que yo diga quizá mejor que yo mismo, pero desconocerán otras que les cuente, y bien merecerá la pena que entre la repetición de aquéllas y la exposición de éstas contribuyamos a disminuir en la parte que nos corresponde la mortalidad de niños en su primera edad, que, como tendrán ocasión de ver, es abrumadora en nuestro país.

Mortalidad infantil.

Es un hecho conocido desde hace mucho tiempo que los niños pequeños mueren en proporción elevada. Se entiende generalmente por mortalidad infantil la mortalidad de los niños en el curso del primer año de su vida, dándose el caso de que esta mortalidad es mayor en aquellos pueblos en los cuales es menor la natalidad, como en Francia, por ejemplo. No quiere decir esto que hoy mueran en esta nación, proporcionalmente, más que en ningún país, no, sino que los caracteres de gravedad que reviste la mortalidad en ella son extraordinarios. La estadística general de Francia acusa 22 nacimientos por cada 1.000 habitantes, y les inquieta, con razón, el que en algunos de sus departamentos el número de muertes supera al de nacidos. Cada año pierden en Francia 120.000 niños. En el Imperio alemán perdieron el año 1911, 280.000. Nosotros, según los datos ya repetidos ininidad de veces, tenemos que lamentar anualmente la pérdida de 200.000 niños de uno a cinco años.

Las causas origen de este elevado número de muertos podemos decir las nosotros, los médicos, y también los remedios que son perfectamente conocidos; pero los que han de llevar a la práctica la lucha contra esta sensible pérdida de vidas, no somos sólo los médicos, sino los gobernantes imponiendo la ley siempre, pero sobre todo en ciertos aspectos decisivos de esa lucha e intensificando las medidas de higiene, creando ininidad de instituciones para la infancia, en fin, dedicando a la producción de hombres, principal riqueza de los pueblos, el dinero que sea preciso, entendiendo que lo que se gaste se recogerá espléndidamente algún día.

Es de gran importancia la solución de ininidad de problemas de orden nacional y social, pero ¿cómo puede compararse con el inmenso interés que se despierta ante el de salvar la vida a tantos niños como mueren indebidamente? La mejor prueba de lo que digo está en los recientes congresos celebrados en Bruselas y Ginebra, y el próximo que en la primavera de 1926 tendrá lugar en Madrid. Toda la humanidad se ocupa de asunto tan importante como es éste, y el nivel de cultura de cada país puede medirse por el cuidado que dedica a sus niños. Es un pueblo suicida aquel que no dedica sus desvelos a los niños.

Variabilidad de la mortalidad según la edad de los niños en el curso del primer año.

Puede decirse de un modo general que la mortalidad disminuye desde el nacimiento hasta el fin del primer año. En los primeros días es aún superior, decreciendo sucesivamente hasta la edad dicha. De 100 niños muertos en el curso de su primer año, puede decirse que 12 a 14 mueren antes del quinto día; 30 a 35, o sea,

aproximadamente, el tercio, antes del fin del primer mes, y 50 ó 60, es decir, la mitad, antes de terminar el tercer mes.

Se deduce del estudio de estas cifras una conclusión importante, cual es que la protección al niño debe intensificarse en los primeros meses más que en ningún otro momento; y como las causas más frecuentes de mortalidad en esta edad son las taras hereditarias, la debilidad congénita y los trastornos de alimentación originados por la falta de pecho, atacando a ellas podrá conseguirse rebajar la cifra terrible de mortalidad fácilmente. Además, las dos primeras causas, o sea la debilidad congénita y taras hereditarias, pueden influirse favorablemente sin más que intensificar la lucha antenatal.

Distinta mortalidad según las estaciones.

La influencia de las estaciones del año se deja sentir tanto en los niños como en los viejos, aunque por distintos medios.

Es extremadamente peligroso el calor para los niños, siendo en el verano cuando se registran mayor número de defunciones, sobre todo en los menores de cinco años. Esto explica en parte la escasa mortalidad de los países del Norte, aunque no hay que perder de vista la lucha tan intensa que allí sostienen contra esta mortalidad. Las causas más frecuentes de muerte en esta época, como veremos después, son las afecciones del aparato digestivo.

Después del verano, la estación que más muertes produce es el invierno, originadas por los procesos del aparato respiratorio.

Las gastroenteritis y la bronconeumonía son los dos terribles enemigos de los pequeños infantes.

Variabilidad de la mortalidad según la clase de alimentación.

Según Variot, célebre pediatra francés, morirían tres veces más niños de los lactados a biberón que los de pecho. A nosotros nos parece que este venerable maestro se ha quedado corto, por lo menos según nuestras observaciones. Sin temor a equivocación, podemos afirmar que es cinco veces mayor la mortalidad de los niños a biberón.

La experiencia de todos los puericultores es concluyente: La lactancia al pecho debe favorecerse por todos los medios. «La leche de la madre es el alimento específico para el hijo», según frase del profesor Marfan.

No es éste lugar a propósito para tratar de la diversa mortalidad, según la condición legal de los niños, pero el buen sentido suple lo que yo pudiera decir. En determinada clase de niños es aproximadamente el doble de la de los otros. Bien se comprende también que no se debe esta diferencia a condiciones de inferioridad orgánica, sino a que, en general, son criados fuera del domicilio de los padres.

Para terminar hemos de decir las principales causas de la mortalidad.

Según la mayoría de estadísticas de todos los países, la causa principal de mortalidad en los niños en su primer edad es la *diarrea*. Este término genérico abarca ininidad de afecciones del aparato digestivo que no hay para qué detallar ahora; pero se deduce que es este síntoma el más saliente y el que más alarma debe ocasionar, hasta el punto de que un niño con diarrea reclama una inmediata asistencia médica, porque puede correr gran peligro su vida. «Un niño con diarrea verde corre más peligro que un soldado en el campo de batalla», según una frase clásica.

La segunda causa de mortalidad es la *debilidad congénita*, o sea, aquellos niños que nacen en condiciones de inferioridad orgánica y de peso, que les es imposible vivir. La esencia íntima de ello reside casi siempre en enfermedades hereditarias, que pueden y deben evitarse. También trataremos de ellas en momento oportuno.

La tercera, las *afecciones del aparato respiratorio*: bronquitis, bronconeumonías, etc. Vienen luego las *enfermedades contagiosas*: sarampión, escarlatina, difteria, tuberculosis, tos ferina, etc., etc.

Nada más por hoy. Me ha parecido oportuno empezar por dar unas ligeras notas sobre este asunto para que se encuentre justificado lo que en días sucesivos diré al tratar de los diversos temas de puericultura. No se comprendería iniciar una Sección de divulgación de puericultura sin antes dar una ojeada sobre mortalidad infantil. Como se habrá visto, el movimiento mundial que se ha iniciado hace años para combatir este mal desolador, cada vez se intensifica más; y nosotros, en España (podemos decirlo en confianza), estamos muy atrasados en esta campaña redentora. Abriguemos la esperanza de que no se ha de tardar mucho en ponernos a nivel del resto de los pueblos europeos.

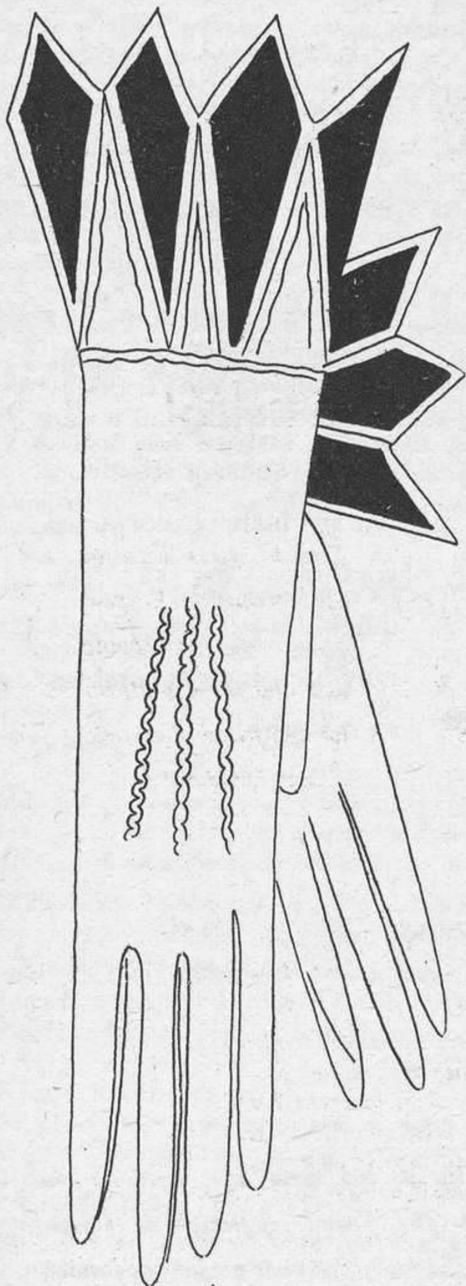
DR. A. MUÑOYERRO.

Los
guantes

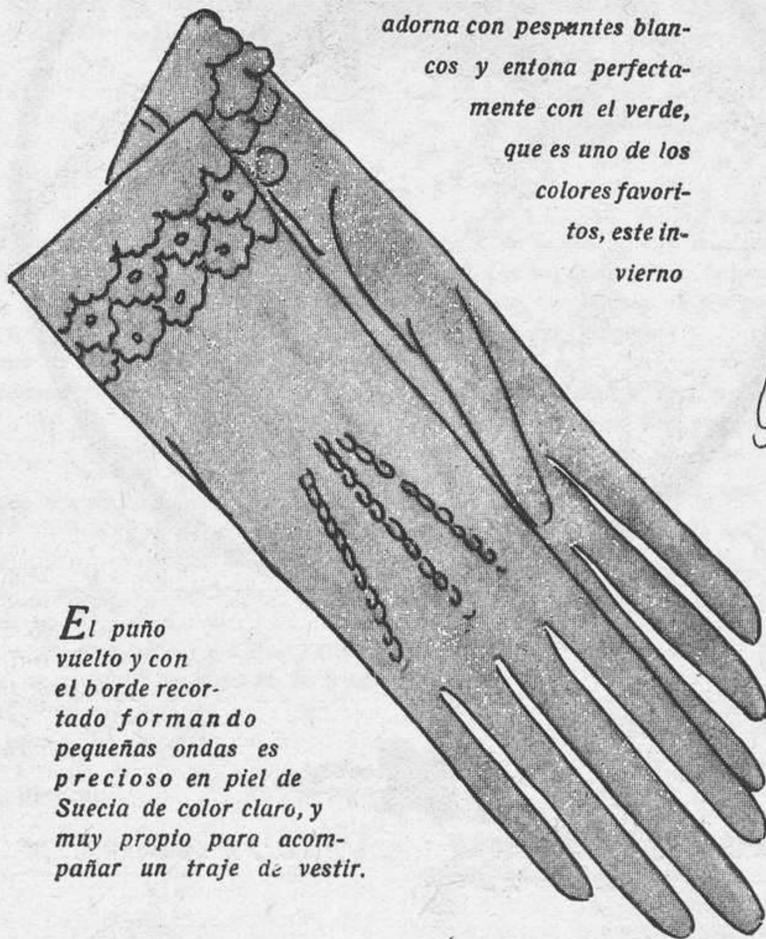
que se
llevarán



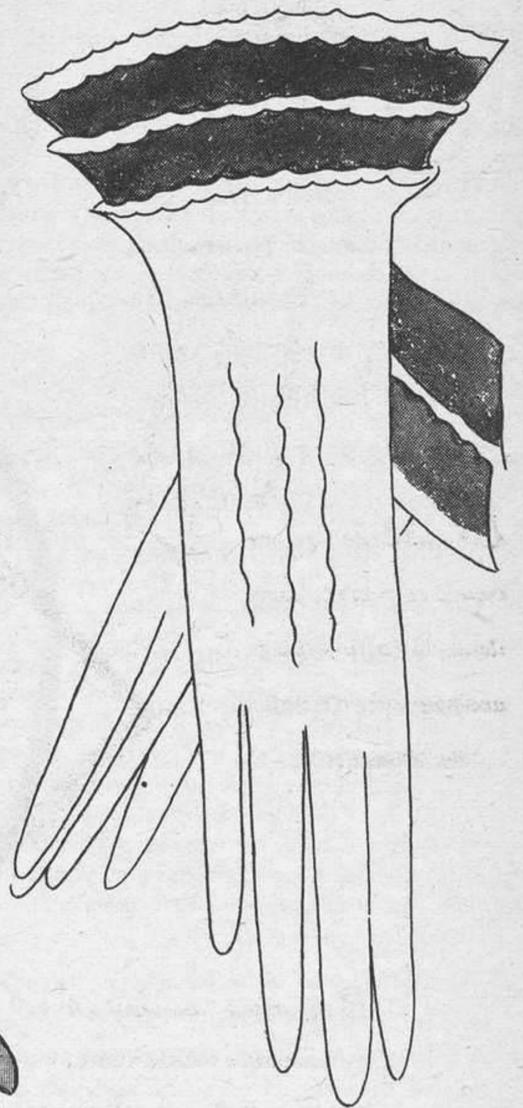
Se sigue llevando mucho este año el guante de cabritilla negra. Se adorna con pespantes blancos y entona perfectamente con el verde, que es uno de los colores favoritos, este invierno



Bonitos guantes de cabritilla blanca, con manopla adornada con incrustaciones de cabritilla negra.



El puño vuelto y con el borde recortado formando pequeñas ondas es precioso en piel de Suecia de color claro, y muy propio para acompañar un traje de vestir.



Guantes de Suecia «beige» claro, con puño de cabritilla castaño y pespantes del mismo color.



Una casa de mucha fama quiere poner de moda el guante bordeado de piel. Resulta encantador con los vestidos de terciopelo.

SOMBREROS DE NIÑA



Es evidente que no podemos realizar la paradoja de poner adornos en los sombreros de nuestras hijas, cuando no queremos adornar los nuestros. ¡Rarezas de la moda! Me imagino a una madre encasquetándose, en su melena corta, el sombrero de su hija, quien, a su vez, podría muy bien lucir el sombrero materno.

RESULTA actualmente muy difícil hallar un sombrero a propósito para una niña. Y no es, en verdad, porque carezcamos de tocados juveniles, sino porque los hemos monopolizado para nuestro uso personal. ¿Hay nada más juvenil que las diminutas *cloches* o los sombreritos con el ala vuelta por delante, que todas llevamos este invierno?

Sombrerito de terciopelo verde que forma cuatro puntas, subrayadas con un vivo de raso del mismo color. Más abajo, sombrero de terciopelo fruncido, gris topo, con el ala muy vuelta a un lado.



Sombrerito de terciopelo azul, bordado con «soutache» gris, y sombrero flexible de «kasha» amarillo. La copa lleva unas nesgas que forman un adorno por delante.



1.º **ALMUERZO.**—Huevos al «foie-gras».—Calamares a la marinera.—Lengua entomatada.—Ensaladilla de cardo.—Postres: naranjas, manzanas, etc.

Huevos al «foie-gras».—Se cuecen, mondan y parten por la mitad. Las yemas se desmenuzan, mezclándolas con foie-gras de terrina o lata. Se amasa bien todo esto, rellenando con la pasta los huecos de las claras, y cuando estén todos rellenos se colocan en una fuente que resista el fuego, se cubren con una salsa blanca y se meten en el horno fuerte para dorarlos, sirviéndolos en cuanto estén hechos.

Salsa blanca.—En una cacerola se amasa, con un cuarterón de manteca de vacas, una cucharada de harina, añadiéndole sal, pimienta y deshaciéndolo con un poco de agua. Se pone al fuego, se mueve sin parar, hasta que esté ligada, y teniendo mucho cuidado de que no llegue a hervir. Cuando esté terminada, se aparta para emplearla como más convenga. Si es para pescados, se le rocía con jugo de limón o vinagre, se le pone perejil fresco muy picadito y se sirve.

Calamares a la marinera.—En un poco de aceite se frien ajos, rehogando después con ellos los calamares, con o sin tinta; se les da unas vueltas, espolvoreándoles después con pimentón y orégano; se les añade un chorrito de vinagre, se les da un hervor a fuego suave para reducirles un poco la salsa, cuidando de que no cuezan demasiado, porque se endurecen, y se sirven cuando estén en punto.

Lengua entomatada.—Una vez limpia y despellejada la lengua se hace rodajitas o se deja entera, apartándola en un plato.

Se pone luego en la cacerola un poco de manteca, rehogando en ella cebolla picadita. Cuando esté dorada, se le añade la lengua, dándole unas vueltas. Después se le pone una jícara de vino y otra de vinagre, hasta que se consuman. Entonces se le agrega bastante caldo de tomates, si lo hay y si no se dispone de ello, se echa un poco de pasta fina de tomates de lata, diluida en un poco de agua, dejando cocer con todo esto la lengua.

Cuando esté medio cocida, se la sazona de sal y especias molidas con un poco de azafrán, se le aumenta el caldo con un poco de agua y se deja cocer hasta que esté tierna.

Ensaladilla de cardo.—Se pela y limpia perfectamente el cardo, poniéndole después a cocer con agua y sal en una olla cubierta con otra más pequeña que contenga agua, para evitar que se ponga negro.

Una vez cocido, se aparta y escurre el agua, dejándolo tapadito, después de aliñarlo con aceite, vinagre y un polvito de pimienta negra, si gusta, dándole unas vueltas para que se penetre bien del aliño, y al servirlo se le adorna con huevos duros.

COMIDA.—Sopa de almejas.—Croquetas de gallina.—Filete regio.—Patatas soufflés.—Mazapán.—Frutas variadas.

Sopa de almejas.—Se lavan y restregan bien las almejas que se ponen luego en la sartén con un poco de agua, sobre el fuego, poniéndolas así por espacio de cinco minutos para que se abran.

En una cacerola se fríe, con manteca o aceite, cebolla picadita; se le agrega después perejil, picado también, un polvo de pimienta, las almejas sin cáscara, con el agua de cocerlas; se les deja hervir un poco, aumentando el jugo con caldo o agua, se cala la sopa y se sirve.

Croquetas de gallina.—Se aparta del cocido un poco de gallina o se cuece un trozo de ella, picándola luego muy finamente con la media luna, picando del mismo modo un poco de jamón, que puede ser cocido o crudo. Se sazona el picadillo con sal y pimienta y se deja al lado en un plato.

Después se pone manteca en la sartén; se fríe en ella un polvo de harina, se le añade leche, y, cuando va a hervir, se le agrega el picadillo; se revuelve bien dejándolo espesar y luego se extiende en una fuente para que se enfríe, haciendo después las croquetas, rebozándolas en huevo y galleta.

Filete regio.—Se toma un trozo grande de filete que, bien preparado, se asa al horno en una cacerola, con bastante manteca. Entre tanto, se dora en otra cazuela, con manteca, un poco de toma-

te (puede sustituirse con pasta de tomate) y cebolla, picadas muy finamente. Cuando está rehogado, se espolvorea de harina, añadiéndole un poco de jerez o vino blanco seco. Se saltean aparte, en otra sartén, pedacitos de pechuga de gallina, con trocitos de crestas e higadillos de la misma ave, jamón, langostinos, riñón de cordero y trufas, picado todo (si no hubiese trufas puede ponerse en su lugar la sangre del ave que a la vista hace el mismo efecto). Una vez salteado a fuego vivo, para que no se endurezca, se une a la salsa preparada con el tomate, vino, harina y cebolla. Se le da un hervor, y, al momento de servir el filete, se vierte sobre él.

Patatas soufflés.—Se mondan y cortan en rodajas del tamaño y grueso de un duro. Se frien en aceite, templado al echarlas en la sartén, y luego que estén blandas, sin llegar a dorarlas, se apartan y escurren por un colador, dejándolas enfriar.

Cuando estén frías, se pone en una sartén bastante cantidad de manteca de cerdo. Así que la manteca se calienta hasta ponerse muy fuerte, se echan sobre ella unas cuantas patatas frías, cuidando que no se toquen unas a otras, para que, nadando con desahogo, resulten muy huecas. Se sirven sobre una servilleta, después de doradas y muy escurridas de la grasa.

Mazapán.—Se hace un almibar que tenga buen punto con doce onzas de azúcar. Cuando parezca oportuno, se le agrega una libra de almendras bien molidas y humedecidas con un poco de agua. Se deja cocer todo reunido hasta que forme una pasta algo espesa. Entonces se aparta del fuego, se deja enfriar y, cuando está fría, se toma a cucharadas, que se van colocando sobre latas empapeladas, formando montoncitos redondos, y se cuecen en el horno, dejándolos un poquito dorados.

2.º **ALMUERZO.**—Lentejas con vinagre.—Longaniza aragonesa.—Cebollas en ensalada.

Lentejas con vinagre.—Se lavan y ponen a cocer con agua fría, y, cuando están cocidas, se sazonan de sal. Se fríe en la sartén un poco de aceite con ajos y una rebanada de pan, apartándolo en el mortero cuando esté frito. En el aceite sobrante se les da unas vueltas a las lentejas, escurridas del agua, se les añade el ajo y pan machacados, deshecho con agua, y el aceite sobrante de la fritura; se les pone un chorrito de vinagre, se les da un hervor y se sirven.

Longaniza aragonesa.—Para un kilo de carne magra de cerdo se pone medio de tocino fresco que, muy picado todo, se sazona de sal, especias, anís y canela molida, llenando con esta pasta, bien revuelta, unos intestinos de carnero, que se tendrán muy limpios. Al llenarlos se pinchan bien por todos sus lados, se atan y cuelgan al aire, para comerlas luego crudas, fritas o cocidas.

Cebollas en ensalada.—Se cuecen enteras con agua y sal, o con caldo; después se sazonan, ya picadas, con aceite y vinagre, poniendo alguna especia, si gusta. Puede adornarse con huevos duros.

COMIDA.—Sopa de coles.—Crestas, riñones y criadillas de gallo.—Frutas secas, esto es: nueces, pasas, higos, etc.

Sopa de coles.—Mientras se medio cuece en agua con sal el cogollo de una col de tamaño mediano, se tuestan en la parrilla unas rebanadas de pan francés.

Estando medio cocida la col, se escurre bien en el colador y se deja enfriar, separándole después las hojas una por una, las cuales se ponen de nuevo a cocer muy suavemente, por diez o quince minutos, con el caldo preparado de antemano; sin deshacerse, se pone con ellas el pan tostado, se le deja esponjar y se sirve.

Crestas, riñones y criadillas de gallo.—Limpios estos despojos en agua fría se rehogan en aceite, se colocan en una cacerola con un poco de caldo y la grasa de freírlos (a falta de caldo se les pone agua y un vasito de vino blanco) y se dejan cocer a fuego lento.

Aparte se fríe, sin que tome color, un poco de pan, perejil y ajo; se machaca todo esto frito, desliéndolo con un poco de caldo y dejándolo cocer un poco más, e hirviéndolo, rodeado de picatostes.

ISABEL GALLARDO DE ALVAREZ.

LAS COMPARACIONES SON ODIOSAS...

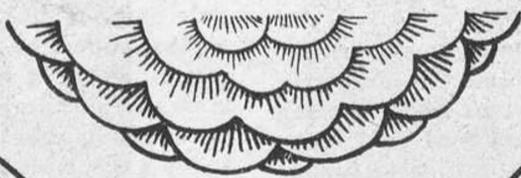
... y por eso nosotros no pretendemos comparar MUJER con ninguna Revista. Todas, como la nuestra y como todo en el mundo, tienen cosas buenas y cosas malas. Y el trabajo de todos es cosa, para nosotros, respetable y compatible con los demás.

Pero hay personas que se empeñan en comparar... y que comparan un poco a la ligera. Para ellas, y sólo para ellas, un ruego. Cuando estén irrevocablemente decididas a hacer la comparación, tomen en una mano los números publicados en un mes (aunque sólo tenga cuatro miércoles: marzo, junio, septiembre, diciembre tienen este año cinco), y tomen en otra mano los números publicados por la revista con la cual se obstinen en comparar MUJER. Cuenten las páginas **excluyendo anuncios** que tienen los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y cuenten luego las que tienen los números que haya publicado en el mismo mes la revista de que se trate. Mucho mejor aún: cuenten el número de figurines, de dibujos, de grabados, de nuestros cuatro (o cinco) números mensuales; cuenten luego los de los números mensuales de la otra revista que quieran comparar. Cuenten *sobre todo* las letras; el número de letras **excluyendo anuncios** que damos al mes y el que da la revista que hayan elegido para la comparación.

Y sobre todo, hagan una sencilla experiencia: tomen sucesivamente los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y los que en el mismo mes haya publicado la revista de que se trate. Léanse unos tras otros y compárese el tiempo que dure la lectura de éstos y aquéllos.

Después, anótese la cantidad de cosas diferentes, la cantidad de cosas interesantes, la cantidad de cosas útiles, la cantidad de ventajas que se encuentran en los cuatro (o los cinco) números mensuales de MUJER y en los números correspondientes de otra revista similar cualquiera. Después, compárense los precios respectivos y deduzca cada cual lo que proceda.

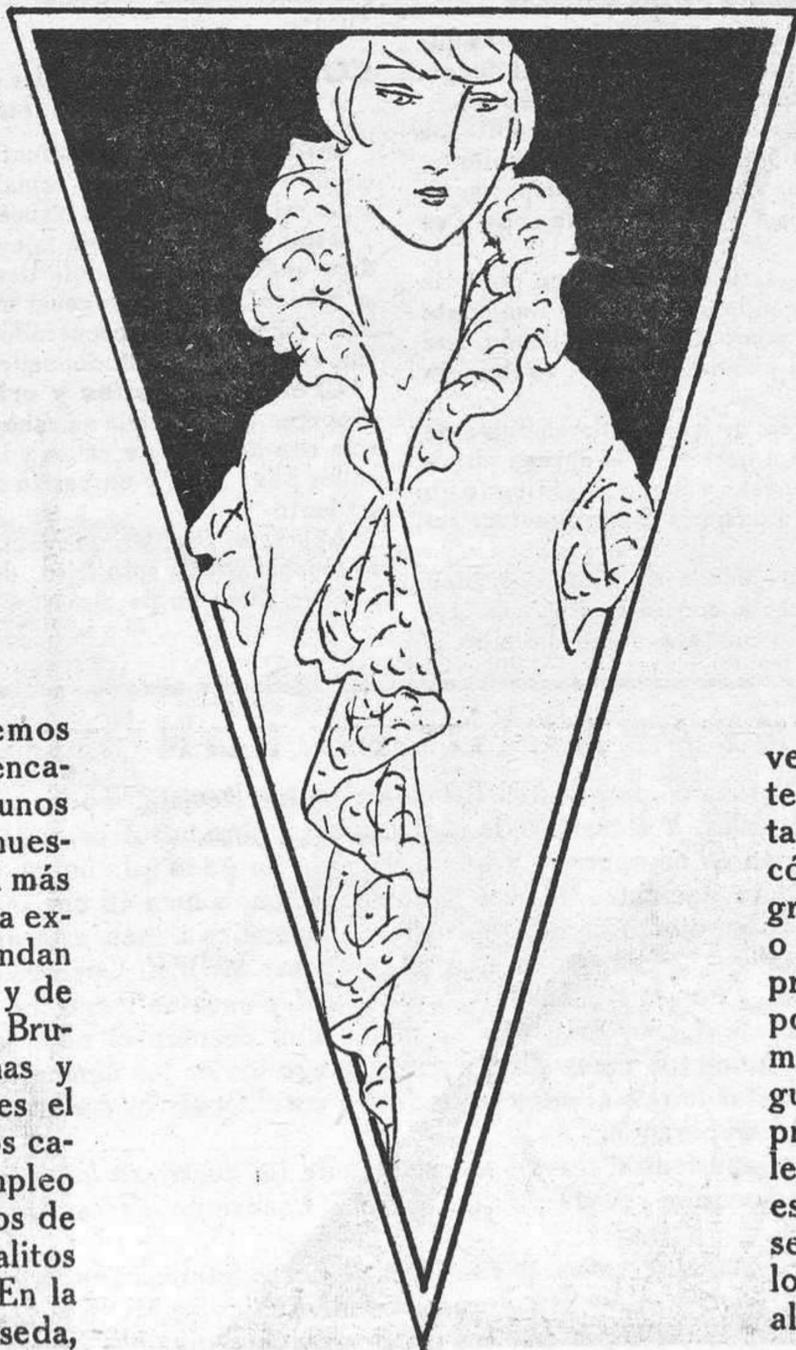
DEL EMPLEO DE LOS ENCAJES



En los vestidos de «crepe satin» o de terciopelo, ¿qué mejor adorno que un cuello de encaje y puños plisados? Con el terciopelo azul o negro, se pone encaje de plata.



A la derecha, aparece la chorrerita que ya teníamos casi olvidada y que vuelve a gozar de un gran favor. Le acompaña un cuello plano, plisado, que solamente puede hacerse de encaje muy fino.



CON qué alegría hemos visto resurgir los encajes! Por espacio de unos años, tuvimos alejado de nuestro indumento este lujo, el más femenino de todos, y ahora excelentes modistas nos brindan la sorpresa de los cuellos y de las chorreras de encaje de Brujas, de Binche, de Malinas y hasta de Venecia. Este es el momento de abrir nuestros cajones y de pensar en el empleo más acertado que haremos de tantos y tan preciosos retalitos que tenemos guardados. En la ropa interior, aun en la de seda,

vemos reaparecer los encajes teñidos en un matiz crudo bastante oscuro. Ya todas sabéis cómo se consigue este tono gracias a un cocimiento de té o de azafrán; por mi parte, prefiero este último medio, porque el té da, a veces, un matiz algo grisáceo. Ya conseguido el color deseado, se prende el encaje con unos alfileres sobre una franela, y en esta forma se deja secar; así se evita el tener que plancharlo, cosa que nunca deja de ser algo expuesta.

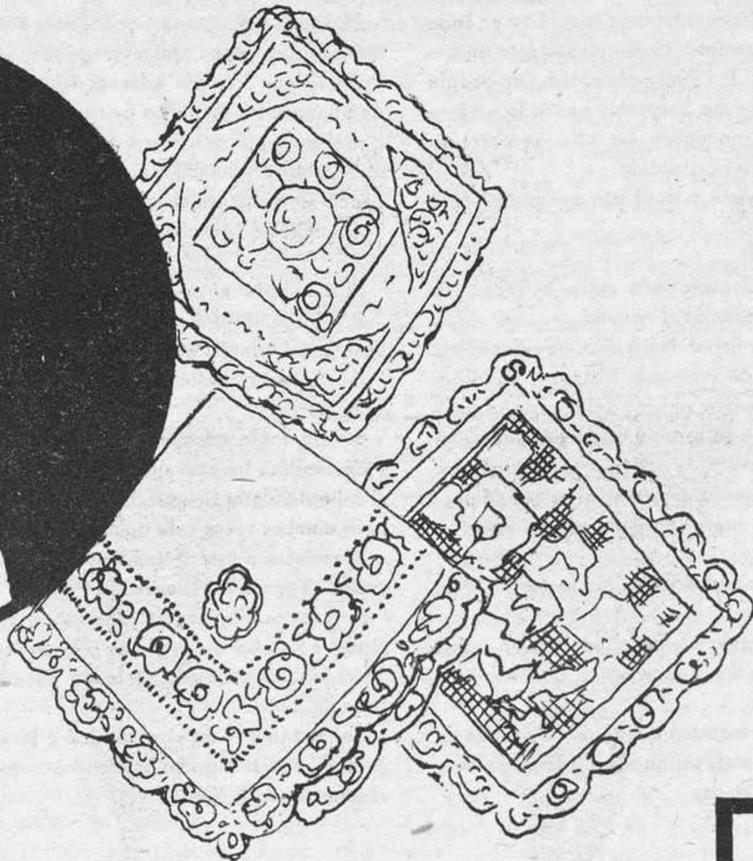
□ □



Juego de crespón de China rosa adornado con un ancho entredós de Binche pegado a punto de «bourdon».

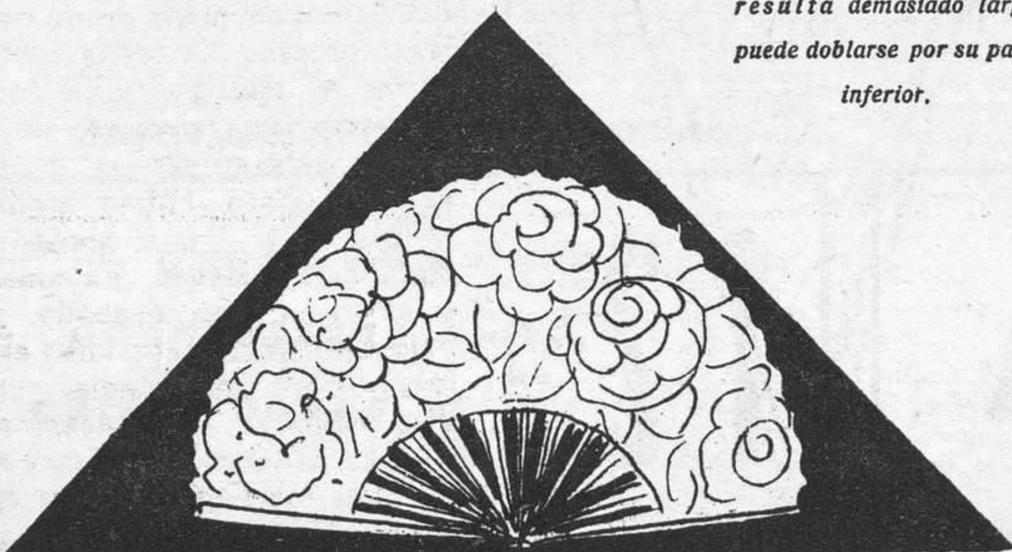


Para estar en la cama: «matiné» de crespón de China azul pálido orlado de un encaje de Malinas.



El gorrito de encajes evita, por la mañanas, los mechoncitos alborotados, tanto más inadmisibles ahora, cuanto que la moda exige el pelo liso. Unos cuantos pañitos, para poner debajo de los floreros o de la jarra del agua, serán otros tantos medios de aprovechar maravillosamente los viejos trozos de encaje.

Si poseéis un trozo corto de un hermoso entredós, podéis utilizarlo admirablemente en una montura de abanico.



Manera de colocar un entredós ancho sin cortarlo. Si resulta demastado largo, puede doblarse por su parte inferior.





LIRBA EDORTANC.—Su carta me ha apenado, amiga mía, por la tristeza que refleja, más aún que en sus palabras, entre sus líneas. No suelo equivocarme en estas cosas, y puedo afirmar que el cariño de usted es real y está profunda, *terriblemente* arraigado en su alma.

Si he de darle mi sincera opinión —por Dios, no se haga demasiadas ilusiones—, yo creo que él muy bien puede, a pesar de las apariencias, no haber dejado de quererla. Desde luego, no puede ser feliz con *ella*, y si lo es, esa dicha no puede durar. Por eso, yo la ruego que no precipite las cosas, que no se ponga en relaciones con otro todavía. Un verdadero amor es cosa que las mujeres solemos sentir contadísimas veces —por lo general, créame, una sola en la vida—, y no debe pisotearse a la ligera.

Por de pronto, intente atraerle de nuevo, redimirle de la influencia que pesa sobre él. Lo de la felicitación me pareció muy bien; desgraciadamente, me ha escrito usted demasiado tarde, y estas líneas se publicarán después de transcurrida la fecha de su santo. Si tiene otra ocasión parecida para recordarse a él, no la deje escapar. Y si estos pequeños recursos son vanos y vana la espera, entonces —pero solamente entonces— tendrá usted que emprender heroicamente el doloroso aprendizaje del olvido.

FLEUR DE RÉVE.—1. Gracias mil, simpática lectora y admirada compañera en literatura, por sus felicitaciones, que tienen para mí un valor inapreciable; yo también, aunque tarde, le deseo una dicha sin nubes.

Gracias también, en nombre de esta Revista, por la amabilidad con que nos mandó esas señas, a las que se ha enviado al punto un número de MUJER.

2. No tiene usted más que enviar su nombre y su dirección a la Administración de MUJER (Apartado 447) y el recibo se le pasará a domicilio.

3. Creo que lo mejor es que se dirija a un encuadernador y le encargue un álbum del tamaño de las fotos más grandes y que tenga algunas hojas divididas, propias para fotos de diversos tamaños. De intentar usted misma la confección del álbum, sin tener práctica del oficio, no creo que pueda tener esa elegancia que usted desea.

MARI-NEL.—Si lee usted en la «Correspondencia de Tristán» lo que «el jardinero» dice a Pi-erre, comprenderá que, sintiéndolo mucho, no podemos complacerle a usted en esta ocasión.

UNA MADRINA.—Como derecho a pedir sus cartas y retratos, sí, desde luego, lo tiene, y si él es un caballero, es probable que los devuelva. Pero si realmente no hay en todo ello ni sombra de amorío, ¿qué más le da a usted dejárselos? Como no sea éste un pequeño recurso —inconsciente acaso— para reanudar... Pregúntesele usted a su propio corazón, y si la respuesta es afirmativa —no sé por qué me sospecho que sí lo será—, entonces no vacile y póngalo en práctica. El medio no puede ser más inocente, no compromete a nada y quizá le sirva para poner en claro la situación.

¡Ah! Y un millón de gracias en nombre de esta Revista y en el mío por sus valiosas frases de elogio a MUJER.

LUZ DE BENGALA.—1. Lo mejor, la raya a un lado, una onda sobre la frente y la media melena. Esto a usted le sentaría muy bien y le afinaría el rostro.

2. Eso, ¡ay!, no tiene remedio, a menos que quiera usted dirigirse a un ortopédico. Es un defecto que puede, generalmente, prevenirse no poniendo de pie a los niños hasta que tengan las piernas bastante fuertes para resistir el peso del cuerpo, o sea a los diez o doce meses de edad, *por lo menos*, porque luego es muy difícil de curar.

3. Para esto sí que no veo remedio. Afortunadamente, la estatura es cosa que carece totalmente de importancia, sobre todo en las mujeres. Lo esencial es que el peso esté relacionado con el tamaño, y todas las partes del cuerpo proporcionadas entre sí.

LA SIN PAR DULCINEA.—Le voy a dar para la piel una receta que suele dar excelentes resultados:

Llene un frasco hasta la mitad con glicerina; añada luego, por partes iguales, zumo de limón, agua oxigenada y agua de rosas; eche, por último, unas gotas de tintura de benjuí. Agite el frasco antes de usar su contenido.

Debe darse este agua por las noches, al acostarse, y también puede dársela antes de empolvarse, pues, además de ser muy buena para la piel, produce un precioso efecto aterciopelado natural, lo mismo en la cara que en las manos.

Crea que me conmueve profundamente la segunda parte de su carta; ese ávido deseo de cultivarse, ¡es tan raro en nosotras y tan admirable! No conozco a «White Iris», pero le aconsejo que se ponga usted en comunicación con ella, por medio de la sección «Las amigas y los amigos incógnitos»; no veo por qué su estilo de usted, sincero, simpático, deliciosamente ingenuo, no ha de ser digno de esta Revista. Hágame caso, amable flor del Toboso, y crea que la excesiva modestia se da la mano con el orgullo.

UNA ATREVIDA.—Los hijos de blanco y negra, o viceversa, se llaman *mulatos*; los de negro e india brasileña, *cafuzos*; de negro e india, o viceversa, en la América española *zambos de indio o zambaigos*; según los cuadros del mejicano Ignacio de Castro, existentes en el Museo de París, *lobos*, y aún agrega Virey, como sinónimos, *chinos*.

Supongo, pues, mi amable comunicante, que la palabra que usted buscaba es *zambaigos*.

MARICHU.—Para conseguir eso que usted desea, existen cremas y líquidos; no le indico ninguno, porque esta sección está exenta de publicidad; pero lo encontrará fácilmente en las buenas perfumerías.

1. **DOLORES GÓMEZ.**—La fórmula prometida es la siguiente: Resorcina: 4 gramos. Acido salicílico: 4 gr. Jabón de potasa: 40 gr. Agua de Colonia: 300 c. c.

2. Aceite de enebro: 3 gr. Tintura de quilaya: 30 gr. Agua: 300 c. c. Esencia de almendras amargas C. S.

Como puede ver, son dos composiciones distintas, que se dan, alternándolas, un día una, otro día otra. No debe mojarse el pelo inmediatamente después de darse ninguna de las dos.

Esta receta, insuperable para remediar la caída del cabello, me ha sido facilitada por un médico eminente, el doctor don Manuel de Rivas Cherif.

OJOS DE ENSUEÑO.—1. Vea usted en el núm. 10 de MUJER, en esta misma sección, el tratamiento que le indiqué, para engordar, a Musa de Fuego.

2. Lávese el pelo con un *shampooing*, y para aclararlo, eche usted en dos litros de agua una cucharada de agua oxigenada.

3. Vea mi respuesta a Marichu.

NEREIDA Y AZORAIDA.—Tejidos: *reps*, muselina de lana, crespón de lana, crespón marocain, siempre mates y opacos; mangas largas, cuello alto o, en todo caso, escote discretísimo. Pueden adornar los vestidos con *panneaux* plisados o tableados, y tiras de plieguecitos menudos de *crepe Georgette*. El crespón del sombrero puede llevarse, a voluntad, por detrás o a un lado; zapatos de ante; guantes de piel de Suecia. Todo mate, sobrio y sencillo, si bien esto no es incompatible con la elegancia; pero una elegancia algo austera siempre.

Un millón de gracias por las atenciones que dispensan a esta Revista.

DOS CARDÍACAS.—1. De 58 a 60 kilos.

2. Depende del corte de cara, de la forma de la nariz, del color del pelo y de los ojos, y del tamaño de la frente.

3. Se vuelve a llevar mucho el pelo ondulado; el pelo tirante suele ser más propio para morenas.

4. Se toma quelidonia amarilla o *hierba del rallo*, se parte el tallo cerca de la raíz, y, frotándose las verrugas con el jugo amarillento y lechoso que saldrá, desaparecen al cabo de algún tiempo. Si la verruga es gorda o ya de mucho tiempo, es preciso repetir muchas veces esta aplicación.

Si resisten a este tratamiento, debe usarse esta otra fórmula: Nitrato ácido de mercurio: 15 gramos. Vinagre: 14 gr.

Se hace la mezcla y se conserva en frascos de cristal. Para usarlo se debe tomar un pincel o una barba de pluma y humedecer la superficie de la verruga por la mañana y por la noche. De ningún modo debe ponerse en contacto con este líquido ninguna clase de metal.

En cuanto a lo de «Las amigas y los amigos incógnitos» nada les digo, porque supongo que habrán leído las indicaciones que respecto de este particular se publicaron en el núm. 19 de MUJER.

PASATIEMPOS

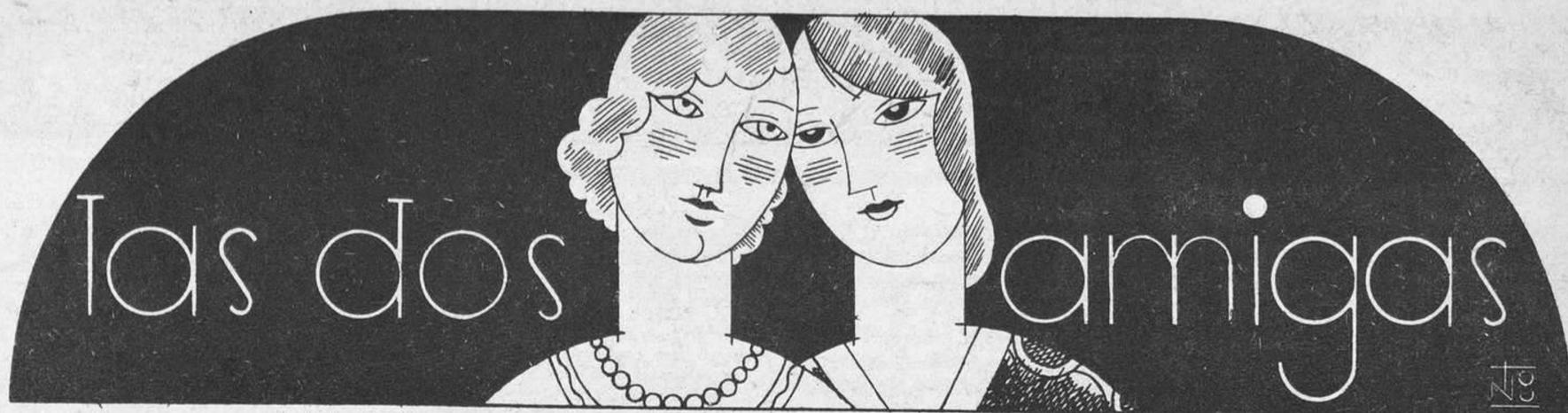
SEGUNDA SERIE

13. BANCARIO

1 N 1 D A

14. NO TIENE MÁS QUE UNA VOCAL

1^a 2^a — ADVERBIO
 1 2 3^a — ARRELENADO
 1 2 3 4^a — CARGO MARINO



NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

—¡No, no! Sé perfectamente que las fuerzas no volverán. Sé perfectamente que no llegaré a ver Suiza y que moriré pronto..., pronto...

Vernet-Delaroche, después de dar sus últimas prescripciones, formuló una receta y se despidió. Otros clientes le esperaban. El señor Angerolle le acompañó hasta la verja.

La luz del sol inundaba la galería. El mar centelleaba. Los ojos apenas podían soportar su brillo.

—Estarías mejor si te echases en la cama, con las piernas cerradas, hija mía —le dijo su madre.

Odette hizo señas, como diciendo:

—¡No, no!

Murmuró:

—Prefiero no moverme de aquí.

Fué preciso arreglar una cortina para protegerla. Su padre se subió para ello en una silla. Volvió su rostro hacia su hija, preguntándole:

—¿Está bien así?

—Más alta, papá. Quisiera ver un poco el paisaje.

Quería ver, ver con avidez, con una especie de gula, con una pasión desesperada. Un gran deseo de vivir se infiltraba en ella, le llenaba por completo, le daba un poco de ánimo.

—Te haré compañía —dijo Clara.

—¡No! ¡Muchas gracias! Tengo ganas de echar un sueñecito, sin hablar.

Los tres se retiraron, uno tras otro.

Por bajo de la cortina roja y blanca Odette pudo ver, agachándose un poco más, con la cabeza baja, los gigantescos cipreses del cementerio.

Subiría allí, tendida en un coche blanco, seguida de unas hileras de niñas que llevarían cirios. Detrás iría su padre, llorando, y Mauricio y mucha gente... y su madre, acompañada de otras señoras. Odette se imaginaba perfectamente el cortejo. Lo había visto días anteriores. Pensaba en todas las ceremonias de la muerte, en torno del hoyo. Pensaba en ello de una manera en cierto modo objetiva, como si se tratase de otra muchacha. Permanecía tranquila, casi interesada en aquellas macabras coincidencias.

La gente regresaría en pequeños grupos. Mauricio iría... con sus padres, o quizá con Clarita..., o bien con Marta Guillaume, la viudita, que sabría encontrar palabras afectuosas para consolarle.

¿Qué sería de él?

De pronto, Odette tuvo el atroz pensamiento de los seres jóvenes y amantes que sienten acercarse la muerte: Y el otro, ¿qué hará después, cuando yo no sea de este mundo?

Se sabe, ¡ay!, se sabe bien que el corazón humano es variable, que renace, se renueva y se transforma muchas veces durante el transcurso de la vida, y que hasta más allá aún de la mitad del camino de una existencia no existen pesares verdaderamente eternos. ¡Se olvida!

Hace falta ser muy ingenuo, muy sencillo, muy soñador para creer que no se olvida jamás. No se conservan mucho tiempo estas creencias si se pertenece a cierta clase social, en cuyo seno se oyen las conversaciones de los padres y se observan, desde la infancia, las costumbres de las personas mayores.

Odette sabía perfectamente que Mauricio haría la corte a alguna nueva heredera, que le gustaría y que se casaría. ¡Sería feliz!

Ahora le conocía mejor que antes y le juzgaba con una clarividencia dolorosa: no era mejor ni peor que los demás, que los otros pretendientes, que los catorce aspirantes a su mano. Ellos, lo mismo que Mauricio, buscaban un dote. El pequeño juez de instrucción también buscaba aquélla. Y no obstante, debía haberse mostrado más delicado que sus contrincantes, más refinado en las cosas del honor y el dinero. ¡Un magistrado! ¡Un señor que puede pedir cuentas a los demás de sus actos, de su conducta, de su vida privada! ¡Y buscaba un dote!

Y en resumen, ¿qué mal hay en ello?

Hace falta el dinero para vivir, para mantener un rango, para subvenir a las múltiples obligaciones de una mujer, de una casa, y hay también necesidad de lanzar una empresa o de ejercer ciertas profesiones liberales. ¿Qué sería de ella en aquel momento sin su padre, sin la fortuna de su padre, que le había permitido ir a la Costa Azul? Agonizaría, tal vez, en un pisito como el de los Vimeux. ¡Pobre Clarita!

¿Por qué tenía que ser Mauricio distinto de los demás? Seguramente se casaría un día u otro. ¿Con quién? Con Marta Guillaume quizá, probablemente, seguramente. Era agradable, cariñosa, rica. Sus veinticinco mil francos de renta reemplazarían para Mauricio el dote de la señorita Angerolle.

Tuvo durante un instante el pensamiento de hacerle jurar que no se casaría jamás. Verdaderamente no podía exigirle una promesa semejante; impedirle buscar la dicha del hogar y condenarle a una existencia mediocre, a una muerte segura.

Pero no quería que fuese dichoso con Marta Guillaume.

Odette reflexionó un poco y terminó pensando: «Si fuese fea, no tendría celos.»

¡Tenía celos! Estaba celosa como una mujer, como una verdadera esposa, como una amante.

Había empezado desde la salida de París, ante la idea de dejarle solo, expuesto a las tentaciones, y había proseguido después, cuando comenzó a coquetear con Marta Guillaume, cuando le hablaba en los jardines de Mortola, cuando lucharon echándose flores delante de la Villa Miramar, cuando ella marchó sola a Montecarlo, el día del paseo al cabo d'Ail. Odette recordaba su persecución en auto para encontrar a la viudita, para tratar de descubrirles, de sorprenderles.

La joven estaba segura de que él preparaba algo. Estaba segura de que él, por lo menos, alimentaba algún proyecto, un esbozo de proyecto de casamiento...

¡Oh, cuánto le quería! ¿Qué hacer para impedir aquello?

Se incorporó, apoyándose en un codo, con la cara en la palma de la mano. Erguía la cabecita. Sus ojos, sus grandes ojos llenos de fuego, parecían comunicar su ardor a todo el rostro, cual dos faros de luz azul que brillasen con su último resplandor.

Soñaba, removiendo los restos de su felicidad; quería, como todos los humanos, arreglar alguna cosa, arreglar el futuro a su gusto, para el tiempo en que ella ya no existiría. ¡Y buscaba, buscaba sin cesar!

Al anoecer, llamó. Acudió su madre. Quería que avisaran a Mauricio. ¿Y Clara?

Clara había salido.

Había hecho bien. Ella podía andar, respirar a pleno pulmón, gozar de la vida. Se aprovechaba de aquella buena temporada imprevista. Unos días más, y tendría que marchar a París, porque... porque su amiga habría marchado también para un largo viaje.

¿Qué sería de la pobre Clara?

Haría unas cuantas visitas a sus padres y después, fatalmente, las relaciones se enfriarían. No iría casi todos los días, como antes. Buscaría quizá otra amiga, otra amiga rica, así como Mauricio buscaría otra novia. Porque los dos ambicionaban el dinero. ¡Y los dos la envidiaban! Recordaba su conversación en la galería, cuando afirmaron que ella, Odette, no sabía lo que eran preocupaciones. ¡De qué modo lo decían!

—¿Y Odette?

La voz de Clara interrumpió los sueños de la enferma. Oyó los pasos de su amiga. Preguntó al entrar:

—¿Cómo te encuentras?

—Igual. Gracias.

—He ido a cambiar los libros del abono en la librería. Tendrás libros nuevos para distraerte.

—Gracias. ¿Has encontrado a alguna persona amiga?

—A Marta Guillaume, en la plaza de San Roque. Tomaba el tranvía de Montecarlo.

—Va muy a menudo a Montecarlo Marta Guillaume.

—Creo que la ruleta la divierte mucho.

Mauricio también jugaba a la ruleta. Debían encontrarse los dos en la sala de juego.

La cabeza, coronada de cabellos de oro, cayó inerte sobre las arrugadas almohadas.

—Esta noche no bajaré a comer. Estoy demasiado abatida. ¿Quieres decirselo a mamá?

Clara salió. Odette se volvió, poniéndose de bruces en la *chaise longue*. Cogió un almohadón entre sus brazos demacrados, y con el rostro hundido en el pequeño saco de plumas, lloró calladamente.

El mal hizo progresos con una rapidez desconcertante. Cuando llegó abril, el doctor Vernet-Delaroche, al salir de una visita, tuvo una gran conversación en el salón de *villa Miramar* con los padres de Odette.

Desde la *chaise-longue*, la joven les oyó hablar en voz baja: Pensó: «¡Se acabó, esta vez se acabó!»

Observó en seguida que sus padres afectaban una cierta animación cuando le hacían compañía. Tenían una sonrisa que parecía



DOS AMIGAS

(Continuación.)

extraviada, colocada por error en un pobre rostro lleno de ansiedad. Y su madre no podía dormir, y la abrazaba a cada momento.

El 9 de abril sufrió una nueva crisis. No podía respirar. Permaneció postrada en la cama toda la mañana.

La madre cogió las manos de la enferma.

—¿Sabes, nenita, que hemos conocido estos días al cura de la parroquia? Es un sacerdote muy distinguido, un hombre de mundo que se ordenó, repartiendo casi toda su fortuna entre los pobres. Ha venido a informarse de tu salud. ¿No te lo había dicho?

—No. No lo recuerdo.

Claro que su madre no se lo había dicho. Con toda seguridad no se lo había dicho, porque toda aquella historia del párroco era una ficción inventada para no asustarla.

Precisamente el sacerdote se presentó después de almorzar. Estaba despierta, con los ojos cerrados, en la cama, en la alcoba que olía a hospital. No le sorprendió la visita anunciada. Después de las palabras de su madre, esperaba esta visita trágica que precede a la otra invisible y terrible.

Y la pobre muchacha, pensando en la última confesión tenía escrúpulos, como otras veces en el colegio, ante la lista de los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia. ¿Debía confesar que era celosa? ¿Es un pecado el querer guardar para sí sola a su novio, el sufrir ante la idea que podría abandonarnos, olvidarnos, amar a otra mujer después de nosotras? Odette no quería impedirle la dicha. Pero no quería que fuese dichoso con Marta Guillaume. La joven hubiese deseado encontrar una compañera para su prometido, una criatura abnegada que velase por él y no fuese muy bonita.

Escuchó al sacerdote.

Era, en efecto, un hombre de mundo, listo, de rostro moreno, perfectamente afeitado. Tenía unos ojos negros muy penetrantes. Sus cabellos plateados suavizaban sus rasgos fisonómicos, seguramente bellos en otros tiempos.

Se informó del pasado religioso y de los sentimientos cristianos de la joven. ¿Dónde había hecho su primera comunión? ¿Y su confirmación? ¿Y después? Le reprochó dulcemente su tibieza religiosa. Era preciso estar, como se dice, en regla con Dios. Ella estaba atravesando una prueba, y sería conveniente y provechoso que ofreciese sus sufrimientos al divino Maestro.

Y de frase en frase llevó a Odette a la idea de recibir el Sacramento allí mismo, en la alcoba, al día siguiente, por ejemplo, porque las cosas de la salvación no hay que deferirlas.

Ella aceptó la indicación. Comprendía lo que estaba pasando. Cuando el sacerdote hubo salido, llamó a su madre, y cogiéndose a su cuello se echó a llorar, sacudida por terribles sollozos. Gemía, repitiendo:

—¡No, no! ¡No quiero morir! ¡Mamá! ¡Mamá!

Y repetía en voz sorda:

—¡Oh, mamá, mamá!

—¿Te sientes mal?

—¡No, no!

Pero la noche fué mala, muy penosa. El sacerdote vino a administrarle los últimos Sacramentos.

Se había organizado una especie de altarito. El latín de la Iglesia caía dulcemente encima del cuerpo inerte velado por la sábana, que dibujaba castamente las formas. Era como una especie de estatua de mármol blanco, sin líneas precisas. También la cara era blanca, y sólo los dos zafiros oscuros de las pupilas animaban de una sorprendente vida aquella apariencia de criatura.

Terminada la ceremonia, sus padres y Clarita se acercaron en torno de la cama.

Odette pidió que enviasen el *auto* a Montecarlo en busca de Mauricio.

Tendida de espaldas, no se movía. Y los otros miraban, llenos de ansiedad, el agua azul, la dormida agua azul de sus grandes pupilas. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué meditación le hacía poner aquellos ojos hieráticos de princesa lejendaria?

Dijo:

—Quisiera hablar a papá, a papá solo.

Clara se retiró sin ruido, con la facilidad de los seres habituados a desaparecer. La señora Angerolle no estaba en la alcoba.

Odette se incorporó. Volvió su rostro de cera, cuyos descarnados pómulos esculpían una cara de dolor iluminada por la luz intensa de la mirada, y dijo:

—Papá, yo tengo un dote, ¿verdad?

—Sí, hija mía, cuando estés buena...

Alzó su brazo derecho e hizo una señal negativa.

—Papá, ¿quieres entregarme el dote ahora mismo?

—¿Entregarte el dote ahora mismo?...

—Sí, tú eres abogado. Arregla bien las cosas para que sean bien míos los quinientos mil francos. Si me hubiese casado, os habríais privado de ellos. Es como si ya no formasen parte de vuestra fortuna, ¿verdad? Os debe dar lo mismo que yo los deje a otra persona, puesto que no puedo aprovecharlos...

—Pero si tú los aprovecharás...

Las mejillas del pobre hombre se hincharon para reprimir un sollozo, y después se ahuesaron bruscamente, como vaciadas de toda el agua que salió por los ojos y la nariz: lloraba.

Suplicó:

—¡Ea, no digas estas cosas!...

Queriendo decir que no se moriría, o mejor, que al hablar de aquel modo le quitaba valor para seguir fingiendo.

Odette, que desarrollaba su idea con la tozudez de la mujer decidida a conseguir una cosa, insistió:

—Papá, ¿no te da lo mismo dejarme la libre disposición de esos quinientos mil francos?

Claro que sí; podía disponer de ellos, darlos, emplearlos a su gusto. ¿Qué le importaba todo al señor Angerolle si su hija querida, su hija única se moría? Por ella había trabajado tanto, reunido aquella fortuna; para que fuese feliz, feliz, muy feliz la chiquilla de rizos de oro, que tanto entretenía a sus papás en su finca de Borgoña, con su aire seriecito, sus vestidos blancos y sus ademanes y gestos de coquetuela.

Y acabó por decir, abrumado por la pena:

—Sí, nena, tu dote es tuyo. ¿Qué es lo que deseas?

—Pues... quiero legar mis quinientos mil francos a Clara..., a Clara Vimereux; con la condición... ¿Es así como se dice?

El movió la cabeza para afirmar: «¡Sí! ¡Sí!»

—... Con la condición de que se case con mi novio, de casarse con el doctor Mauricio de Ansauvillers. Es posible, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Con tu novio?...

—Papá... conozco a Clara... Tiene grandes cualidades. Le hará feliz. Estoy segura. ¡Y yo quiero tanto que sea feliz... cuando yo no esté en este mundo!

—¡Odette!

—Además, Clara es merecedora también de un poco de felicidad. La tendrá cuando sea rica. Sin dote nadie querría casarse con ella, a pesar de sus cualidades. Conozco a los hombres...

El señor Angerolle observó:

—No puedes dejar tu dote a Clara con la condición que pones.

La enferma, pensativa, exclamó:

—¡Ah!

Se encontraba desconcertada, pues no había previsto aquello. Insistió. El antiguo abogado, a pesar de su pena, arrastrado por el poderoso hábito profesional, explicó a su hija:

—Es una cláusula en cierta manera inmoral obligar a un hombre a casarse con una mujer que puede no gustarle.

Ella sonrióse. Sabía tantas cosas de la vida desde hacía algún tiempo. Agregó:

—Clara le gustará. Oye, papá, voy a legar mi dote a mi amiga, simplemente. ¿Tú me dictarás la fórmula, verdad? Y me tienes que prometer que después que yo esté allá arriba, bajo los cipreses, dirás a Mauricio cuál era mi último deseo, mejor dicho, mi última voluntad: que se case con mi amiga. Y que he dejado este dinero a Clara para facilitarle el cumplimiento de mi deseo. ¿Se lo dirás?

—Se lo diré.

—Dame papel, pluma y tinta, y dictame la fórmula, papá.

Buscaba torpemente, desbaratando papeles en el escritorio de su hija, repitiendo:

—¡Qué ideal! ¿Por qué...? ¡Tu novio... con Clarita...!

No lo entendía. Odette lo prefería así. De este modo se llevaría a la tumba su secreto, el secreto de sus terribles celos. Y nadie, nadie sabría jamás cuanto había amado a Mauricio y con qué pasión fiel, potente y profunda.

Le puso una carpeta encima de las rodillas. Su padre dictaba lloriqueando y, de vez en cuando, repetía su muletilla:

—¿Entiendes? ¿Entiendes? —con un fuerte sollozo comprimido y desgarrador:

El *auto* trajo a Mauricio después de almorzar. Su madre subió a anunciárselo.

—Mauricio está en el salón. ¿Puedo hacerle subir?

—Sí, mamá. Pero antes quisiera instalarme en la galería, en la *chaise-longe*, para ver el sol.

Se puso, ayudada por su madre, el peinador coral. Dejó flotantes sus hermosos cabellos de oro. Se llevó con ella la cajita de utensilios de la *toilette* y el espejo de mano. Y se tumbó entre las columnas, frente a la palmera. Se pintó de nuevo, con la habilidad de una artista. Ya tenía la costumbre de hacerlo, pero no podía disimular lo demacrado de su cara. Se distinguía, de un modo sorprendente, el rojo y el blanco de la pintura sobre las mejillas hundidas

—Di a Mauricio que ya puede subir.

Llevaba un traje de franela blanca, los pantalones doblados sobre sus zapatos color avellana. Traía un gran ramo de rosas.

Odette le encontró guapo, y le dijo sonriendo:

—Te sienta bien el blanco.

Le dió las gracias por las flores. El cogió una silla plegable y se sentó al lado de la *chaise-longe*. La joven conservó en su mano la de su novio. Le contemplaba como las enamoradas contemplan al hombre amado.

A veces pasaba una ligera expresión de malicia por el rostro demacrado de Odette, que pensaba:

—No se lo figura. ¡Quedará bien sorprendido cuando conozca las cláusulas de mi testamento!

(Continuará en el número próximo.)



Las amigas y los amigos incógnitos



La norma esencial de esta sección está resumida en estas palabras anteriormente publicadas:

«En MUJER no hay, ni habrá nunca nada equívoco, desentonado o reprochable. Estamos en un recinto familiar, donde el candor puede y podrá siempre circular libre e intacto ser entre lectoras o entre lectoras y lectores. Con cada comunicación hay que enviar cuatro cupones de lector o un cupón de suscriptor. Por cada suscripción de un tri lectora (o lector) puede enviarse sin cupones.

Muñeca... con corazón.—Quizá no ha leído usted bien lo relativo a los cupones necesarios para tomar parte en esta sección. Quien no cuente más que con el único número semanal que compra habitualmente, es claro que no podrá enviar más que una comunicación cada cuatro semanas (puesto que cuatro semanas dan cuatro cupones y se exigen cuatro cupones para cada comunicación). Pero hay otros procedimientos. Uno es pedir a tres amigas que no utilicen sus cupones que se los den a usted. Otro es suscribirse, con lo cual tiene usted inmediatamente derecho a un número de comunicaciones, variable según la duración de la suscripción. Y, en fin, otro es... comprar cuatro ejemplares del número de la semana, si tiene usted prisa en enviar la comunicación y no se quiere usted suscribir ni tiene amigas que le den sus cupones.

Si tanto le gusta a usted la Revista y la sección, ¿no le parece bien hacer algún pequeño esfuerzo por ella? Puesto que todo el mundo no cabe en la amistad incógnita, es justo que queden en ella los que tengan verdadero interés y de algún modo lo demuestren. Nosotros, pese a nuestro inacabable buen deseo, no tenemos la potestad de hacer milagros, y ya es casi uno dar lo que damos por el precio que lo damos.

¿No le parece a usted, simpática, jovial e inteligente muñequita?

Flor de Nieve.—No es posible dar los cupones sueltos. Se caerían casi todos antes de llegar a manos del suscriptor o del lector. Además, usted piensa en su cupón y en su número y ve muy sencillo el trabajo de meter un cupón dentro de un número. Pero ¿ha pensado usted en el trabajo de meter muchos miles de cupones en muchos miles de números?

Vea usted lo que digo a Muñeca... con corazón. Yo sé de buena tinta que si esta simpática corporación de Amigas y de amigos incógnitos quiere ayudar a MUJER, se realizarán proyectos importantes que a la corporación interesan.

En cuanto a su pregunta sobre su estilo y su carácter de letra, le diré que, viendo el uno y la otra, dan ganas de conocerla a usted...

Las tapas puede usted pedir a la Administración.

Si vive usted en Madrid, le pasarán un recibo. Si vive usted en provincias, puede remitir el importe por giro postal o en sellos.

Mándeme siempre.

Una del Albaicín.—No se apure por eso. No puedo asegurarle si ha llegado la carta, porque me dicen que hay muchísimas esperando que sus firmantes remitan los cupones.

Enriqueta.—Con mucho gusto he complacido a usted; pero, naturalmente, me han dicho que su comunicación no puede publicarse sin cupones. Puede usted dirigirlos al director de MUJER.

TRISTÁN, el jardinero.

Para Luis.—Siempre he leído esta correspondencia de los amigos incógnitos porque me divertía seguir las conversaciones que unos y otros mantenían; pero jamás se me ocurrió tomar parte en ellas.

Yo pensaba que era imposible ser franco en una correspondencia de revista y mostrar el alma tal como es; no por no tener confianza en la persona con quien se mantenga, sino porque lo que a esa persona se confía ha de ser irremediamente leído por infinidad de ojos, y, por lo tanto, más o menos comentado. Era esto lo que me retraía.

Además, he de confesarle que tampoco había sentido grandes deseos de hacerlo. Pero he leído sus líneas, y, sin saber yo misma por qué, en un impulso irresistible he cogido la pluma para ofrecerle mi amistad, con mi mejor deseo de que a los dos nos sea muy grata.

Prescindiré en absoluto de todos los demás ojos, y al escribirle pensaré solamente en usted; y lo haré tan sinceramente como si de un amigo de mi confianza se tratara, pues tal pretendo que sea.

Si ha de otorgarme usted a mí también esa confianza; o más bien, si está dispuesto a dármele, pues desde el primer día es imposible, seamos amigos de corazón. Si no me la piensa usted dar por entero, dígamelo francamente. Yo no quiero nada a medias. De querer que fuésemos amigos, tendría que renunciar a mantener otra correspondencia en esta revista.

Pido mucho, ¿verdad? Pero es que yo estoy dispuesta a dar mucho también. Quiero entregarle mi confianza por entero, como ningún hombre la posee. Hace tiempo que sueño con esto, y hasta ahora no he encontrado ninguno capaz de ofrecerme una amistad sincera. Siempre que creí encontrar un amigo y le entregué mi confianza sufrí un amargo desengaño, al ver que aquél no había sabido interpretar mis sentimientos. Aquí no hay ese peligro, porque la incógnita nos ampara; y estoy dispuesta a mantener con usted una correspondencia que así, de amigo a amigo, puede resultar encantadora.

Me interesa vivamente su aventura, y me complacerá mucho que me hable usted de «ella», y me diga si su peregrinación le ha proporcionado algún rastro que pueda conducirlo a encontrar su pista. Si puedo ayudarle en esa misión, cuente usted que lo haré con todo mi entusiasmo.

Si es que no me juzga demasiado exigente y acepta mis condiciones, hasta pronto; si es que no le conviene lo que le propongo o le inspira más simpatía otra de las muchas que le contestan, adiós. Ya le digo que no quiero una amistad compartida; yo quiero entregar la mía a una sola persona, para que la entrega sea más completa, y pretendo que esa persona me la dé a mí también por entero.—CLARA LUZ.

Un marino de guerra.—Porque el marino es la persona que goza de más libertad, a pesar de todas las disciplinas. Porque desconoce mil vulgaridades enojosas. Porque su cultura puede ser más vasta. Porque su alma se templó y equilibra al calor de rudezas épicas. Porque la libertad que gozan ustedes para correr aventuras ignoradas les predispone a permanecer más fieles. Porque al unirse con la esposa, como sólo se trata de pasar con ella unos días, que pasan como flechas, todo son dulzuras, indulgencias y mimos. Porque la mujer goza de innumerables lunas de miel, pues a pesar de ser siempre el mismo, cada vez les embrujan con alguna nueva modalidad encantadora. Porque nunca se les ve a ustedes bajo el aspecto autoritario, preocupado o malhumorado. Porque es un cons-

tante tener que sufrir por ustedes en la ausencia, y esto acrecienta la pasión. Y porque el casarse con un marino, por los motivos expuestos, equivale a prolongar tanto como la vida la ilusión, que es el hada hechicera de Himeneo. Los cónyuges que viven siempre juntos y sin tener que sobresaltarse uno por otro, necesitan de gran táctica y talento para no naufragar en el mar del aburrimiento, peligro del que están ustedes indemnes.

Un marino que no es de salón ni de agua dulce, descendiente de una vasta dinastía de argonautas, ofrendado a Neptuno por sus padres a los diez años de edad, que conoce todos los grados de latitud, todos los países y civilizaciones; de gran cultura y sensibilidad; que conoce serias tempestades íntimas, dos ciclones, imponentes temporales con averías graves y pérdida de hombres; días de hambre y noches de horror en mitad del océano; inenarrables tensiones nerviosas al desafiar docenas de veces durante la guerra pasada a los submarinos misteriosos... y que, a pesar de todo, cuando está más de ocho días en tierra se ahoga, gustó, por su tipo exótico, a una provincianita huérfana.

Sin saber quién era, un día pudo preguntarle por su profesión. Contestóle el lobo de mar que era palero en un barco mercante de seis mil toneladas. A pesar de ser tan poca cosa, la muchachita no podía olvidarle. Al siguiente viaje se hizo la encontradiza, y de ello resultó una serie de costosos regalos por parte de él. Preguntóle cómo siendo un palero podía hacer tan valiosos presentes. Respondió que contrabandeaba y hacía negocios sucios. Otro día, la nena fijóse en sus manos tatuadas. Interrogóle otra vez. Le confesó que, habiéndole matado a un hombre en defensa propia, estuvo en presidio, y allí lo marcaron. La niña sufrió horrores, pero a pesar de todo no podía olvidarlo. Sus amistades la vituperaban, y un día quisieron interceder y se enteraron que el tal palero era el capitán y el caballero más noble, bueno y honrado del mapa. La chiquilla respiró con deleite, y desde aquel día fingió creer lo que él le decía y se siguieron unas relaciones deliciosas, preñadas de mentiras divinas y sorpresas inmensas, hasta que un día la gentil mocita le dijo al oído: «¿Sabes...? Aunque hubieras sido palero, no te hubiera olvidado nunca».

¿Verdad, caballero, que ese adorable marino merecía ser, por aquella nena, comido a besos con los ojos, cada vez que lo tenía delante de ella?—PALOMITA SIN HIEL.

R. L. Vitoria.—Mucho me agrada que le haya satisfecho mi punto de vista.—PALOMITA SIN HIEL.

Condesa de Mattes.—¡Por Dios, condesa! Con cielo limpio, con estrellas, con luces, con risas y perfumes..., ¿se aburre usted? Mucho temo por su salud, condesita.—PALOMITA SIN HIEL.

A Gracia.—A mí tampoco me ha gustado ninguna de las que hasta ahora han escrito en «Los amigos incógnitos» de MUJER. Al coincidir contigo (y perdona te tutee) en esto, creo que coincidiremos en todas nuestras cosas.

¿Quieres, pues, que empiece nuestra correspondencia? Si aceptas mi amistad te consultaré, más adelante, una pena de amor.

¿Me permitirás que me firme—CABALLERO DE... GRACIA?

Para «Mi amigo y yo».—He leído en el número 18 de MUJER que usted y su amigo quieren sostener correspondencia con dos muchachas que sean amigas también, y como tengo una amiga metidita en carnes y que reúne las condiciones que desea su amigo, y yo —aunque me esté mal el decirlo— reúno las que usted desea, le pongo estas líneas a ver si, por fin, hay en el mundo cuatro personas que se entiendan.

Si aceptan la amistad incógnita de mi amiga y yo, en el número próximo deseamos nos digan sus nombres, que esperamos sean tan españoles y castizos como los nuestros.—CAR-OLA.

Atila.—No es esa precisamente la contestación que esperaba, pues ya la había puesto en práctica.

Me harías un gran favor si me dijeras el color de tu pelo.

¿Conoces al «Teniente Motta»?; pues él conoce a un «Atila». But this is not the one that I love Si no lo sabes leer pregúntaselo a la miss de «Cara de Mármol».—OJOS DE ESFINGE.

A la Princesita de los sueños locos.—Leí sus líneas, en que pedía un camarada, un amigo que supiese comprenderla y lo fuese de verdad, y aquí me presento para ser, si me admite, «el» que usted quería que fuese.

No me descubro todavía porque como se dirige a Carlos voy a hacer el ridículo, y ¿para qué? ¿Que tengo ya celos, aunque esta palabra no sea del todo exacta? ¿Y por qué no, si esos celos también los tiene usted al pedir que esa amistad no sea compartida con otras amigas?

De mí, sólo sabrá por ahora el seudónimo, y aun ése no lo pensé todavía. ¿Vamos a sacarlo? Si no puedo ser el primero de los Carlos seré el segundo, y puesto que en lo que he creído adivinar de usted me tiene hechizado, seré—CARLOS II EL HECHIZADO.

María Reyes.—¿No quieres dejarme sola en esa multitud que nos ahoga?

Yo acepto la amistad franca y leal que me ofreces; puedes contar con la mía, muy franca y muy leal.

Yo también te quiero ya, y estrecho tu mano con mucho gusto. Tu amiga—MARGOT.



A Misterio.—Yo no sé, señor Misterio, si podré aspirar al honor de ser su amiga. Y no es que yo no crea en la verdad, que creer... si creo en ella; pero... sólo hasta el límite, no muy *estirable*, por cierto, en que la admite el mundo.

Porque será muy triste, será muy amargo, puede que en algunos casos especialísimos no sea; pero en la mayoría de ellos, ¿usted no ha observado que la verdad, la verdad pura y desnuda, casi siempre perjudica al que la dice o molesta al que la oye?

Ahora que si ha nacido usted con el don, más o menos *fatal*, de decir siempre la verdad, mi opinión es que no se moleste usted en hacer propósitos de enmienda porque va a perder el tiempo lastimosamente. ¡Tantas veces he hecho yo el propósito firmísimo de callarme una cosa y, en el preciso momento, la he dicho tal como era sin darme cuenta!...

De todos modos, si usted no rechaza mi amistad, yo estoy dispuesta a aceptar la suya con verdadera simpatía y con entera, con absoluta franqueza. ¡Siquiera por la originalidad y por la impunidad, vale la pena, en esta ocasión, de probar a ser sincera!...—**MARÍA T.** (Madrid.)

Yo también, como Mari-Sol, tengo miedo de que nadie me conteste; por eso hace un rato que tengo el papel delante y no sé qué poner, pues temo que mi carta resulte tan sosa, que nadie se fije en ella, o si lo hacen que no se tomen el trabajo de contestarla.

Ya estoy deseando ver si hay algún valiente que se considere con fuerzas bastantes para aguantar mi sosería, pues te advierto, futuro amigo mío, que soy terriblemente sosa. A ver si, a pesar de esto que digo, hay algún simpático que se atreva. Pero, ¡por Dios!, que no sea un «un niño pera», pues les tengo un miedo cervical; en cuanto oigo decir: «jamón», «cañón», «bestial», etc., me dan unas ganas tremendas de echar a correr y dejarles solos.

No dejéis de contestarme, simpáticos lectores de MUJER, por lo que os quedará siempre agradecida esta—**SOSITA.**

Amigas incógnitas.—Un poco tarde, ¿verdad?, llegan mis líneas a la Revista MUJER; pero tengo el presentimiento de que, por escribirlas el día último de año, tendré la suerte de que alguna de vosotras se fijará en ellas.

Me encanta la idea de tener una amiga a quien poder contar *mis pequeños sinsabores* y a quien autorizo para que a su vez abuse de mi experiencia, que pongo a su disposición, si en algo puede servirle.

Aún tengo la pluma en la mano, y ya estoy impaciente por recibir vuestras cartas... ¡Qué vehemencia la mía!..., nada común en los hombres de ahora...

De mí nada os puedo contar, puesto que aún nada me habéis preguntado.

Como presentación os diré: que soy militar... ¿Graduación?, mi seudónimo os lo dirá... Por lo demás: alto, bajo, grueso, delgado, guapo, feo, simpático y hasta muy antipático..., figuraos cada una como queráis y más os agrade al—**CAPITÁN... VENENO.**

¿No hay ninguna amiga que me ayude a romper la monotonía de mi vida? Estoy ferozmente aburrido. ¿Y sabéis por qué? Me han puesto en un campamento —aquí en Africa— que ni está en la parte civilizada ni en primera línea, y no tengo nada, *nada* que hacer.

No quiero que por esto la amiga tome aspecto de madrina de guerra, que es una traducción francesa que no se aviene con mi genio —yo soy español, orgullosamente español—, ni lo sea por compasión, que debe ser una consecuencia de la amistad, no su principio. Y si levanto una punta del velo diciendo por dónde ando, es para que mi futura amiga no se extrañe si mi correspondencia no es muy regular..., ni siquiera del tercio. ¡Atiza! Ya solté un chiste —si se le puede llamar así— tan malo como viejo. Porque has de saber, futura amiga incógnita —y de ese modo me irás conociendo algo—, que el hacer chistes malos, muy malos, es una de mis aficiones. ¿Dije afición? Pues ¡mientol, porque es en mí una cosa tan natural e involuntaria como que me crezca el pelo. Estoy pensando, hablando, escribiendo, y, de repente casi, a traición, ¡zas!, un chiste que se me escapa. Y si intentase detenerlo, moría intoxicado.

No creas que por eso no sé ponerme serio. Pocas veces son, pero entonces le hago la competencia a *Doña Federica*, la cigüeña que tenemos en mi batería, y es lo más serio que conozco. Y no dirás que es mala una batería en que llevan las piezas... a la *Federica*.

No sigo, futura amiga, simpática y desconocida —es de ritual—, porque va a decir la Redacción de MUJER que lo tomo todo a guasa, y el periódico es algo muy serio.

Yo ya he hecho mi descubierta. Ahora, ¿quién quiere «estar amiga»?—**EL GIRALDILLO.**

Amigo Doctor: Pues no dudo que seremos excelentes amigos, ¿verdad?

Yo opino que a cada edad se le debe dar lo suyo, pero a veces hay cosas que no pueden ser compatibles. En su caso es difícil ser un buen estudiante, querer llegar a la cumbre de un ideal y tener aventuras amorosas; porque suele pasar, si se tienen, que el estudio se abandona, y por eso hay tantas medianías.

Así, amigo incógnito, soy de parecer que ha hecho usted muy bien y que nunca es tarde para ser dichoso; al contrario, ahora es cuando puede muy bien encontrar una mujer que sepa apreciar lo que vale un hombre estudioso y de voluntad firme, pues es lo prin-

cipal en un muchacho. Ahora bien; una vez conseguida esa posición brillante que usted dice, me parece que debe buscar una mujer buena que le guste, que sus almas hermanen; y así podrá ser todo lo feliz que se puede ser en esta vida. ¡Es tan hermoso tener una persona que nos quiera y nos mime!

Mientras *esa mujer* aparece yo le brindo una sincera amistad; procuraré distraerle con mis cartas, y también le comunicaré mis penas y alegrías. Para que no me crea un sauce llorón le diré que tengo un genio muy alegre. ¿Hace?

Espero su pronta contestación, si es que le es simpática una—**MADRILEÑITA DE CORAZÓN.**

Para Atila.—¿Es que realmente eres un segundo Atila? ¡Qué miedo! Pero ¡val, supongo que únicamente será de nombre; y siendo así, aquí me tienes, dispuesta a contarte todo cuanto desees; pero con la condición (soy muy exigente) de que tú me pagues con la misma moneda. ¿Lo harás?

Creo que nos entenderemos muy bien, pues me gusta mucho lo que le dices a «Nennay» y a «Ojos de Esfinge». ¿Es realmente esa tu manera de pensar?

¿Cómo eres? ¿Alto?, ¿bajo?, ¿rubio?, ¿moreno? Yo soy morena de ojos negros. ¿Te gustan más las rubias de ojos azules?

Y en espera de tu respuesta te manda un apretón de manos—**LIRIO DEL VALLE.**

A Rafael.—Yo quisiera —picar— y conseguir de tan simpático amigo incógnito la distinción de aceptarme como amiga sincera, ingenua y leal.

Yo soy muy jovencilla, ¿sabe? No le digo los años por si acaso al tomarme por «peque» me desdenea. Tengo en compensación a lo poco vivido lo mucho sufrido, y en este ambiente, que hace algún tiempo la fatalidad o el destino me deparó, he aprendido a estimar de verdad a las personas formales, y a mirar asqueada y hasta con miedo esta fase social tan engañosa. ¿Será posible que yo consiguiera un buen amigo que, desinteresadamente, me ayudara en esta triste carrera de la vida?

Hasta ahora no conozco más que un cariño inmenso, ¡el de mi madre!, y me interesa mucho poder saborear otro noble y bueno sin cálculos ni prejuicios.

¡No me des calabazas! ¿Quieres así?

Saludos mil de—**MARICHU.**

Para Ara.—¡Qué alegría he experimentado al leer sus renglones! No puede figurarse cuánto le agradezco (hombre o mujer) sus frases y el ofrecimiento de que sólo a mí van dirigidas.

Veo que por mis sentimientos tan noblemente expresados al correr de la pluma en el «Concurso» pasado, es a lo que debo la felicidad de su amistad tan espontánea y sinceramente ofrecida, porque ¿puede haber nada que nos haga más felices que encontrar el alma gemela, tantas veces soñada..., aunque sea tras la incógnita?

¡Materialismo! ¡Si viese con qué repulsión suena esta frase en mis oídos y la contemplo tantas veces hecha realidad en la vida!

Si usted ha sufrido, comprenderá todo lo horrible que es sobreponerse al íntimo modo de sentir. ¡Cuántas veces las frases llenas de ternura se helaron en mis labios al ver la mueca de burla, y en cada una de esas derrotas sentimentales he sentido que mi alma se iba poco a poco...! ¿Tendré la dicha que ya tanto deseo de recibir pronto su contestación? Espero que sí, y... espero llena de una confianza de que estaba exenta hace tiempo.

Perdonar, no; agradecer con toda el alma, sí.—**M. MADRID.**

¿Quién quiere contestarme?—Me gustaría tener un amigo incógnito a quien contar muchas cosas, pedir consejos y hablar de todo y por todo.

Pero a este amigo, si es que quiere serlo, y aunque me llame «fresca», voy a imponerle algunas condiciones: Primera y principal, quiero que nuestra amistad no sea compartida con nadie, sino que sea de ambos únicamente. Segunda, que mi amigo incógnito no pase de los veintitrés años. Y tercera y última, que sea formal y, sobre todo, muy franco para conmigo.

De mí sólo diré que tengo diez y seis años y no soy nada modernista.

Con todo esto si hay algún mancebo entre vosotros que se decida a contestarme, sabrá agradecerse siempre, siempre—**CAS-
TAÑITA.**

Recién malgrado un amor que creí verdadero, tengo mis sentimientos en carne viva; y al ver en la Revista MUJER, de la que soy lectora asidua, la sección de «Amigas y amigos incógnitos», pensé que hallaría un amigo con quien poder desahogar mi corazón.

¿Os interesará a alguno? Vosotros tenéis la palabra.—**OJOS DE LUTO.**

CUPÓN DE LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS:

Con cada comunicación destinada a LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS debe enviarse cuatro cupones como éste. La comunicación se publicará, o no, íntegra o parcialmente, según el criterio de la Dirección. El hecho de hacer uso de este cupón, supone la renuncia a toda clase de reclamaciones.



Ailema.—¿Que por qué hemos querido tomar parte en esta sección? La respuesta es obvia. La razón de nuestras preferencias por «Las amigas y los amigos incógnitos» se debe a que en ella escribe la mujer, de igual modo que ustedes la prefieren más desde que en ella dieron cabida al género masculino. ¿Me explico?

Ello es naturalísimo, y no valen protestas simuladas. Además, tratar a una joven, llegar a ser su amigo, su confidente, quizás su consejero, tiene sabor a algo misterioso, original, novelesco, que nos atrae y aparta de lo rutinario, de lo vulgar. No se *escame*, pues, que nuestra intromisión suministra a esta sección, además de lo apuntado, un gran atractivo: la variedad.—LIOTACHO.

A Mari Aurora.—Contesto a su pregunta sobre los ahijados de guerra.

Hago más las discretas palabras que sobre dicho tema escribe la culta «Soy cubanita» en el núm. 16 de esta Revista.

Es loable que una señorita, por compasión hacia los que luchan y sufren penalidades en Africa, apadrine a un soldado en su noble afán de alentarle, ayudarle moral y hasta materialmente en ocasiones, hacerle más llevadero su calvario y ejercer sobre él cierto influjo bienhechor.

Pero, ¡ay!, en el noventa por ciento de los casos, el amadrinado no corresponde a la sana intención de la madrina, y, como dice «Cubanita», hay que estar siempre al quite si se quieren evitar decepciones amargas y asquearse con el descubrimiento de intenciones bastardas y torpes.

Que hay excepciones, lo sé; pero contadísimas. El que escribe estas líneas ha luchado en Africa, y habla, por tanto, con perfecto conocimiento de causa.

Precisamente un compañero de armas y amigo entrañable es hoy el feliz esposo de una linda damita, de quien empezó siendo ahijado de guerra.

Mas, casos como el relatado no suelen repetirse. ¿Quiere más detalles? Pídalos a un—EX COMBATIENTE.

A vosotros, amigos incógnitos, me dirijo, pues quisiera encontrar uno que me comprendiese. Tengo muchos amigos; pero al querer conocerlos, cada día los comprendo menos; y a ver si siendo incógnitos nos conocemos mejor.

Os voy a decir que tengo veintitrés años; así que mi deseo sería que fuese de esta edad o algunos años más, pues, la verdad, los niños están bien para las niñas, y yo ya no presumo de esta primera juventud. Las mujeres tenemos cuatro estaciones, como el año, y yo ya estoy algo *pasadita*; no os creáis un «loro», nada de eso, ¡eh!, que conste. Dicen que soy..., no sigo, pues tengo abuelita y aún no me corresponde alabarme por sí sola. Otra cosa: soy morena (por si hay alguno que su tipo sean las rubias, no quiero engañarle); como de este siglo, me gusta el modernismo; pero ante todo muy mujer; llevo la melena a lo «garçone» porque es moda, ¡eh! Pero, bueno, no sigo más.

El que desee contar en esta simpática revista de MUJER con una amiga, sepa que en mí sabrá tenerla muy verdadera, con deseo que los que lean mis líneas se firmen con su auténtico nombre, como yo, pues los seudónimos no me gustan mucho, y también «quiero» que esta amistad sea para mí sola. ¿Egoísmo? ¡No! Deseo, sí.—M.^a DEL CARMEN.

A cualquier hombre simpático.—Quisiera tener un amigo incógnito que participara de mis alegrías y me consolara en mis penas. No le escribo yo a uno directamente porque sé que al mismo tiempo lo harán cien mil mujeres más (sin exageración, no me crean trapalona), y como estoy segura de que no le resultará la más simpática, me llevaría un berrenchín al ver que no me contestaba, y no vale la pena guardarle rencor a un hombre por tan poca cosa; además, creo que es el hombre quien debe solicitar siempre.

Ahora me asalta una duda: yo soy gallega, y, quizá, por lo tanto, algo sosaina. ¿Lograré que a algún hombre le interese esta carta? Mari-Sol tenía miedo; yo también lo tengo, pero en dosis mucho más grandes; si el miedo fuera veneno, a estas horas estaba yo en la fiamblera.

Si hay algún hombre tan bueno y simpático que me conteste y quiera ser mi amigo, de él se despide.—LOLÍN.

Un marino de guerra.—Como a todas, me entusiasma su carrera. ¿Motivo? No lo sé definir bien; pero en gran parte sí.

Todas las mujeres (aun las que más tratamos de ocultarlo) tenemos en el fondo un poquitín de románticas. ¿Cree usted que hay mujer que no haya soñado alguna vez en esperar con ansia la llegada de un acorazado, crucero, cañonero u otro barco de guerra cualquiera? ¿Qué mayor encanto que imaginarse en el altar muy guapa, toda de blanco, y al mirar a la derecha ver una mano de hombre que en vez de sostener una chistera sostiene un tricornio?

No sé si consistirá en que viajan mucho, lo que sí sé es que son ustedes muy simpáticos (supongo no será usted una excepción), finos y que bailan muy bien.

El uniforme es precioso, les sienta muy bien a todos; la carrera es honrosísima; y con estas condiciones, ¿cómo le extraña que nos gusten los marinos? Además, tienen ustedes eso que tanto nos gusta a las mujeres: fama de aventureros; pero nobles al mismo tiempo. También de un poco «Tenorios». ¿Es cierto? Deben ser muy inconstantes. ¡Sabe Dios las novias que dejarán en cada puerto!

Pero aun así me gustan. Mi ideal sería algún día coser los galones de un teniente de navío (quizás no cosa ni los de un fragatilla). ¿Queda ya satisfecha su curiosidad?

Dispuesta a contestar todo lo que usted me pregunte, le saluda afectuosamente—MARÍA ESTHER.

Myrto.—Encuentro en usted las cualidades que siempre he buscado en la mujer. Por asistir a los sitios de «moda», creí que no encontraría ninguna que me agradase, y, como no hay regla sin excepción, me figuraba que tenía que existir alguna, aunque muy oculta; y por donde hoy la he encontrado; y por ser oculta es para mí desconocida. ¿Es posible mayor encanto, tratarse sin conocerse?

Pensamos del mismo modo y creo que podré comprenderla. ¿Quiere usted que lo intentemos?—KANT.

Mujereeeeees!!!—Por esta simpática Revista deseo una amiga incógnita joven y simpática. Soy joven y muy alegre, aunque no soy aturdido, y mucho menos calavera.

Mis señas personales se las diré a la simpática que me conteste. ¡Por favor, no me déis calabazas sin ver si os gusto!

¿Qué os cuesta probar? Supongo que no será la compasión la que os haga contestar, pues en ese caso, sentiría no haberme pintado achacoso y triste como lo han hecho otros.

Para daros alguna seña os diré que mi oficio es aviador. ¡Hasta la tuya, amiguita.—BOY.

Violeta de Parma.—¿Existe, acaso, algo más noble y bello que servir de lenitivo al dolor de una mujer?

No diga usted, no, que es un alma incomprendida. Creo que toda mujer, aun siendo la más frívola, encierra en el fondo de su alma un algo espiritualmente hermoso. Y siempre las cosas del espíritu han de encontrar quien sepa comprenderlas.

Es a veces tan seductor descender el velo que cubre el corazón, lleno de misterios y de encantos, de una mujer atormentada, que, al leer sus líneas, escritas con un sello de amargura y melancolía infinitas, quise ser el primero en ofrecer a usted esa amistad que ansiosamente pide.

¡Penas de amor! La sangrienta herida que deja en el alma sólo es capaz de curarla u otro amor muy grande o el calmante que lleva siempre en sí el transcurso de los años. Ni palabras, ni satisfacciones, ni nuevas alegrías no logran hacer olvidar el amor ya perdido, ni borrar la huella que en el corazón grabó su paso. ¡Es tan difícil saber olvidar!...

Pero, amiga Violeta, no hay tampoco que desconfiar de la vida. Si ésta hoy día nos roba cruelmente lo que más amábamos, es, sin duda, porque nos tiene reservada para el mañana una felicidad más duradera.

Cuénteme sus penas y confíe que pondré toda mi buena voluntad en dulcificar su tormento y en aconsejarla con cordial sinceridad.—JACK II.

A R. L. Vitoria.—Aludida por usted en el número 18 de MUJER, me creo en el deber de expresarle mi gratitud por sus frases, al mismo tiempo que me extiendo en estas ligeras consideraciones:

Aunque entusiasta de la revista MUJER —entusiasmo práctico, pues puedo asegurar que, si no suscriptoras, he conseguido que varias amigas de Barcelona compren *nuestra* revista—. Además, la que yo compro no la presto ni a *tirones*, convencida de que dar o prestar un libro o revista querida es pagar con una ingratitud a quien nos causa un deleite.

Pues bien: a pesar de toda esta admiración y de mi profundísima simpatía por la sección «Las amigas y amigos incógnitos», nunca pensé verme en la necesidad de escribir en ella; primero, porque carezco de capacidad literaria, y segundo, por mi natural modestia y timidez.

Mas al leer las líneas del «pollo bien» «Polín» me creí en el deber de romper mi débil lanza en pro de las señoritas españolas. ¿En qué país cree el atrevido «Polín» que vegeta?

Tenía por seguro —¡pobre ilusa!— que mis líneas encontrarían más adhesiones...; mas me basta la suya estimadísima.

Y, dicho esto, vuelvo al ostracismo de mi modestia. Adiós ¡amiga! «R. L.» Un saludo muy afectuoso de—LA SEÑORITA CLARIDADES.

IMPORTANTE.—A petición de muchas lectoras, hemos decidido ampliar el privilegio de suscripción relacionado con LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCOGNITOS en esta forma:

Por una suscripción de trimestre (6 pesetas), daremos seis cupones de suscriptor, válidos para seis comunicaciones en LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCOGNITOS.

Por una suscripción de semestre (12 pesetas), daremos diez y seis cupones de suscriptor, válidos para diez y seis comunicaciones en LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCOGNITOS.

Por una suscripción de año (23 pesetas), daremos treinta cupones de suscriptor, válidos para treinta comunicaciones en LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCOGNITOS.

GRATIS, Y DINERO ENCIMA

Nuestras lectoras conocen el sencillo procedimiento mediante el cual todo el mundo puede suscribirse a nuestra Revista «MUJER» COMPLETAMENTE GRATIS. Buscáis seis amigas que se suscriban por un año (gratis también; ahora veréis cómo). Nos enviáis vuestra dirección y la de vuestras amigas (total, siete) con el importe sólo de seis suscripciones; la suscripción vuestra la serviremos gratis. Como cada amiga vuestra puede reunir otras siete suscripciones, también para ellas será gratis la suscripción, porque el importe de una de las siete suscripciones puede guardárselo para reembolsar lo que pagó por la suya.

Ejemplo: María obtiene que se suscriban sus amigas Luisa, Mercedes, Lola, Matilde, Pilar y Margarita; son siete suscripciones de un año. María nos manda el importe de seis suscripciones y nosotros le enviamos siete: una (la suya) gratis. Pero después Luisa obtiene que se suscriban Julia, Milagros, Teresa, Lucía, Rosa, Carmen y Casilda y recoge el importe de siete suscripciones; pero como una de las siete se la enviamos gratis, Luisa puede enviarnos solamente el importe de seis, y el importe de la séptima se lo guarda para reembolsarse lo que pagó a María por su suscripción, que, por tanto, le resulta también gratis. Y lo mismo que Luisa pueden hacer Mercedes, Lola, Matilde, Pilar..., todas, en fin, las que tengan siete amigas a las que hagan ver que sólo con buscar otras siete puede suscribirse a MUJER, completamente gratis. También puede María suscribirse, desde luego, antes de hablar a sus amigas, y después, en vez de seis, buscar siete amigas (como Luisa), con lo que tendrá, por de pronto, su suscripción sin esperar a reunir las siete; y cuando las reúna, se reembolsará el pago hecho.

No bastándonos esto, ofrecemos, además, COMPLETAMENTE GRATIS TAMBIÉN, a los primeros diez mil suscriptores por un año, el regalo de uno (el suscriptor puede elegir el lote que prefiera) de los lotes de libros siguientes: (Se marcan con asteriscos aquellos libros que pueden dejarse en todas las manos.) Se puede sustituir un libro de un lote por otro de un lote distinto con tal que ambos sean del mismo precio.

LOTE 1.—Un ejemplar de LOS MAESTROS DEL ARTE MODERNO, por el autorizado crítico español Juan de la Encina, obra ilustrada con 45 magníficas láminas fuera de texto, en papel couché, y que vale 12 pesetas.

LOTE 2.—Cinco tomos, a elegir, de la COLECCIÓN POPULAR DE ARTE, ilustrada con láminas, en papel couché, y que cada uno de los cuales vale 2,50 pesetas. Los títulos son los siguientes:

A. SÁNCHEZ RIVERO. *Los grabados de Goya*. JUAN DE LA ENCINA. *Julio Antonio*. *RICARDO DE ORUETA. *Gregorio Hernández*. *F. J. SÁNCHEZ CANTÓN. *Los artes*. *V. LAMPÉREZ ROMEA. *Los Grandes Monasterios Españoles*. *J. MORENO VILLA. *Velázquez*.

LOTE 3.—Cuatro tomos, a elegir, de los libros siguientes:

ANDRENIO. *Novelas y novelistas* 4,50. EUGENIO D'ORS. *Glosas* 4,50. *G. K. CHESTER-TON. *Pequeña Historia de Inglaterra* 5,—. *J. CASARES. *Crítica efímera*, I 4,50. *Crítica efímera*, II 4,50. *G. DUHAMEL. *Vida de los mártires* 6,—. *G. K. CHESTER-TON. *El candor del Padre Brown* 6,—. *El hombre que fué jueves* 6,—. ANDRÉ GIDE. *La puerta estrecha* 6,—. *F. ISCAR-PEYRA. *La bolsa y la vida* 6,—. *E. DE GORBEA. *Magerit* 4,50. *JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA. *El poema de la pampa* 4,—. *La intimidad literaria* 4,—. J. MORENO VILLA. *Evoluciones* 4,—. *LUIS BELLO. *Ensayos e imaginaciones sobre Madrid* 4,—. MANUEL AZAÑA. *Estudios de política francesa contemporánea* 4,50. MANUEL BUENO. *En el umbral de la vida* 4,—. *MANUEL GÁLVEZ. *El solar de la raza* 4,50. *RAFAEL CALLEJA. *Rusia, espejo saludable para uso de pobres y ricos* 5,—. *RAMÓN PÉREZ DE AYALA. *Política y toros* 4,50. *Las máscaras*, I 4,50. *Las máscaras*, II 5,—. *Prometeo, Luz de domingo, La caída de los limones* 5,—. *El sendero andante* 6,—. *CONDE WHITE. *Sus memorias, dos tomos* 12,—. *J. FRANCOS RODRÍGUEZ. *Días de la regencia* 4,50. ARMANDO DONOSO. *Dostoiévski, Rendán, Pérez Galdós* 5,—. ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. *Las señales furtivas* 3,50. *El romero alucinado* 3,50.

LOTE 4.—Cinco tomos, a elegir, entre los siguientes:

JUAN DE VALDÉS. *Diálogo de la lengua*, un tomo 2,50. *BAITASAR CASTIGLIONE. *El cortesano*, un tomo 2,50. E. GÓMEZ CARRILLO. *La sonrisa de la esfinge*, un tomo 2,50. *DON JUAN MANUEL. *El conde Lucanor*, un tomo 2,50. *CIRIO VENTALLÓ. *La tragedia del diputado Anfruns*, un tomo 2,50. *LAS CASES. *Napoleón explicado por sí mismo*, tres tomos 7,50. *PLUTARCO. *Vidas de hombres ilustres*, un tomo 2,50.

LOTE 5.—Cuatro libros, a elegir, de la COLECCIÓN PALMA, cuyo precio es de 3 pesetas, y cuyos títulos son los siguientes:

SHAKESPEARE. *Hamlet, Macbeth*. A. DUMAS (HIJO). *La Dama de las Camelias*. H. MURGER. *La vida de bohemia*. A. DUMAS (HIJO). *Demi-monde*. M. MAETERLINCK. *Peleas y Melisenda*. *La Princesa Malena*. G. D'ANNUNZIO. *Sueños de las estaciones*. A. DE MUSSET. *No hay burlas con el amor, Fantasio, El candelero*. GOETHE. *Faust*. *E. AUGIER y J. SANDEAU. *La felicidad de Antonieta*. BJORNSON. *Leonarda*. MOLIÈRE. *El avaro*. *El casamiento y la fuerza*. MARIYAU. *Juegos de amor y de azar*. *El legado*. LOPE DE VEGA. *La estrella de Sevilla*. ANDRÉIEF. *Gaudeamus*. A. DE MUSSET. *Lorenzaccio*. GORKI. *En el fondo*.

LOTE 6.—Seis libros, a elegir, de la preciosa COLECCIÓN IRIS, cuyo precio es de 2 pesetas cada uno, y cuyos títulos son los siguientes:

GOETHE. *Germán y Dorotea*. J. GORDINE. *Sol de la aldea*. TURGUENEF. *Canción del amor triunfante*. JOAQUÍN MONTANER. *Los iluminados*. TOMÁS BORRÁS. *El hombre más guapo del mundo*. SCHILLER. *Primavera de amor*. DUMAS. *Cesarina*. MERIMÉE. *La venus de Ylle*. ALBERTO INSÚA. *Las alas rotas*.

LOTE 7.—Un ejemplar de todos los libros siguientes:

SALOMÓN. *Proverbios* 2. EPICETO. *Máximas* 2. *JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA. *El muchacho español* 3. SILENO. *Caricaturas* 3.

LOTE 8.—Cinco tomos, a elegir, de la interesante COLECCIÓN DE MANUALES CALLEJA, de Ciencia, Literatura y Conocimientos prácticos. El precio de cada tomo es de 2,50 ptas., y sus títulos son los siguientes:

ADAM. *Platón. Sus ideales morales y políticos*. *CARPENTER. *Vida de los insectos*. *TH. ACHLOESING FILS. *Química Agrícola*. *CORNEVIN. *Las vacas de leche*. *VERMAND. *Motores de gas y de petróleo*. *BARDIN. *El motor de explosión aplicado a la aviación*. C. H. W. JOHNS. *Babilonia*.

LOTE 9.—Un ejemplar de la obra

F. BARÓ. *La locomotora moderna*, ilustrada con infinidad de grabados en el texto y fuera del texto, en papel couché 18.

LOTE 10.—Un ejemplar de la obra

A. GÉNOVA. *Submarinos*, ilustrada con láminas fuera de texto, grabados y gráficos 18.

LOTE 11.—Un ejemplar de la obra

*SPITZY. *La educación física del niño*, magnífico tomo ilustrado con 195 grabados fuera del texto 15.

LOTE 12.—Un ejemplar de los dos libros siguientes:

*Atlas postal de España y Marruecos, un tomo en folio, con 50 mapas tirados sobre papel de lujo 5. *BARÓ y VILLAR. *Atlas Enciclopédico de España*, cuadernos de las provincias de Coruña, Lugo, Orense, Pontevedra, Madrid y Vizcaya; precio de cada cuaderno 1,50 total 9.

LOTE 13.—Un ejemplar de todos los libros siguientes:

*G. LEROUX. *El hombre que ha visto al diablo* 1,50. ROBERTO LEVILLIER. *La tienda de los espejos* 4,50. *FELIPE SASSONE. *La señorita está loca* 4. *La rosa del mar. A campo traviesa* 4.

LOTE 14.—Cuatro libros, a elegir, de la espléndida COLECCIÓN DE GRANDES ESCRITORES MODERNOS, tomos de 300 a 400 páginas. El precio de cada tomo es de 4,50 ptas., y sus títulos son los siguientes:

*B. BJORNSON. *La pescadora*. *J. K. HUYSMANS. *Vida de Santa Liduvina*. PAUL ADAM. *Los corazones nuevos*. KARIN MICHAELIS. *La edad peligrosa*. *FRANÇOIS JAMMES. *El señor cura de Ocerón*. *JORGE RODENBACH. *Museo de Bequinas*. EDUARDO ROD. *El sentido de la vida*. B. BJORNSON. *Mary*. LEÓN DE TINSEAU. *El dolor de amar*. *HÉCTOR MALOT. *Micaelina*. CLEMENCEAU. *Los más fuertes*. PIERRE LOTI. *La tercera juventud de Madame Endrina*. *CARLOS FOLEY. *Silvia y su herido*. ARTSEBACHEF. *Sanín*. *CARLOS DERENNES. *El Pueblo del Polo*. ABEL HERMANT. *Los grandes burgueses*. *Los transatlánticos*. MARCELA TINAYRE. *La rebelde*. GYP. *La felicidad de Ginette*. JORGE RODENBACH. *El carrillero*. *B. BJORNSON. *Un muchacho feliz*. L. PERGAUD. *La novela de «Miraut», perro de caza*. E. THEURIET. *Corazones llagados*. PIERRE LOTI. *La primera juventud*. ENRIQUE DE REGNIER. *La ilusión de heroísmo de Tito Bassi*. ABEL HERMANT. *Confidencias de una pájara*. G. D'HOVILLE. *El seductor*. E. JALOUX. *Lo demás es silencio*. JEAN PSICHARI. *La prueba*. CARLOS FOLEY. *El príncipe loco*.

LOTE 15.—Tres libros, a elegir, de la COLECCIÓN NOVELAS PARA MUJERES. El precio de cada tomo es de 4 pesetas, y sus títulos los siguientes:

PEDRO DE RÉPIDE. *El maleficio de la U*. EDUARDO MARQUINA. *El beso en la herida*. ANTONIO DE HOYOS. *El remanso*. F. GARCÍA SANCHIZ. *El corazón astrónomo*. ALBERTO INSÚA. *Maravilla*. *MAURICIO LÓPEZ ROBERTS. *El novio*.

LOTE 16.—Cuatro libros, a elegir, de la COLECCIÓN GRANDES NOVELAS DE AMOR. El precio de cada tomo es de 3,50 pesetas, y sus títulos son los siguientes:

GOETHE. *Werther*. EL ARATE PREVOST. *Manon Lescaut*. *B. DE SAINT-PIERRE. *Pablo y Virginia*. A. DUMAS (HIJO). *La Dama de las Camelias*. JORGE SAND. *Ella y él*. TURGUENEF. *Nido de nobles*.

LOTE 17.—Cuatro libros, a elegir, de la COLECCIÓN FÉMINA. Su precio es de 3 pesetas, y los títulos los siguientes:

*LEOPOLDO ALAS. *Superchería*. *ALFREDO DE MUSSET. *Margot*. *A. KUPRIN. *Oliesia*. B. CONSTANT. *Adolfo*. *TURGUENEF. *Primer amor*. Y así pasó el amor.

LOTE 18.—Un ejemplar de todos los libros siguientes:

KUPRIN. *El desafío* 1,65. *HAWTHORNE. *Cuando la tierra era niña* 4,50. *HEADON HILL. *El ministro de Monksglade* 1,65. *Su culpa heroica* 1,65. *DICKENS. *Tiempos difíciles* 4,50. PIERRE MAEL. *El ogo* 1,65.

LOTE 19.—Una colección completa de la BIBLIOTECA VARIO-RUM, cuyos títulos son los siguientes:

CARMEN SILVA. *Casado* 4,—. DOSTOIEVSKI. *Nietotchka Nezvanova* 4,50. CYRIL BERGER. *La maravillosa aventura de Santi Stapleton* 4,50. TURGUENEF. *El espadachín* 4,—.

El suscriptor que además de recibir gratis su LOTE de regalo desee adquirir otros libros de los comprendidos en esta lista, podrá hacerlo, siendo suscriptor de «MUJER», con un descuento del treinta por ciento sobre su precio marcado.

El LOTE de regalo se podrá recoger completa y absolutamente gratis en la Administración de «MUJER», calle de Valencia, núm. 28.

El suscriptor que desee recibirlo a domicilio deberá enviar con el importe de la suscripción dos pesetas cincuenta céntimos para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado del LOTE correspondiente.

LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS
175 grabados
6 láminas,

200 Sopas, consommés
y cocidos.
100 Guisos de huevos,
409 Pescados.
448 Carnes.
Infinidad de fórmulas
para tés, meriendas,
etcétera.

3.000

recetas

Definitivamente incorporadas
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS
PARA TODAS LAS BOLSAS
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS
PARA HOGARES MODESTOS
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS
PARA ESCUETOS YANTARES

PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO



DOS TOMOS
1.076 páginas
de texto.

317 Caza y aves.
260 Verduras y legumbres.
35 Arroces.
44 Ensaladas.
500 Dulces y postres.
Etc., etc., etc.

Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días
... y mejorará su mesa
... y reducirá su presupuesto.

Tan seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

18

pesetas en rústica con
cubierta en colores.

En tela, sólida encuadernación, pesetas

21



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE CONDICIONES

A LA

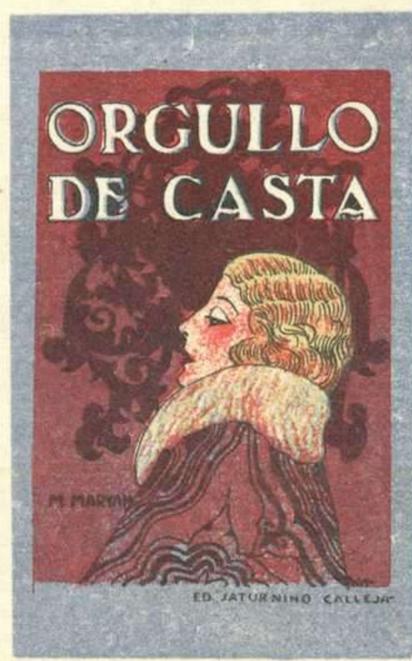
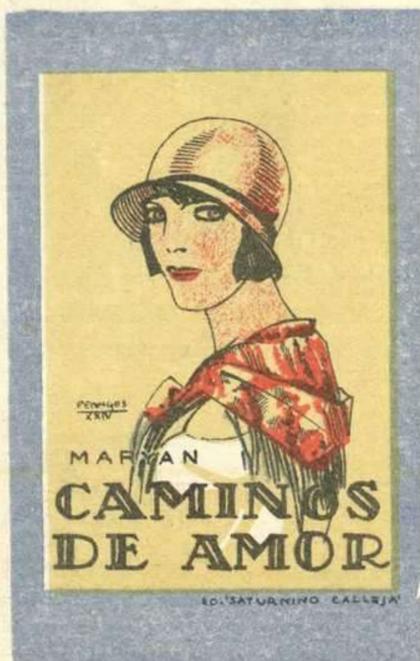
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID

BIBLIOTECA
A U R E A

COLECCIÓN LITERARIA DE LA FAMILIA

LA MÁS SELECTA :: LA MÁS LUJOSA :: LA MÁS BARATA



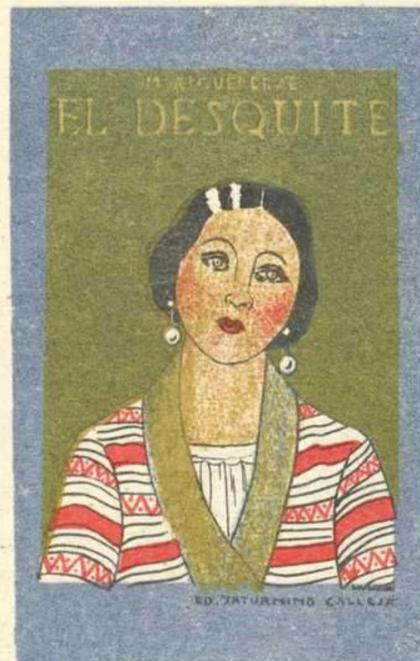
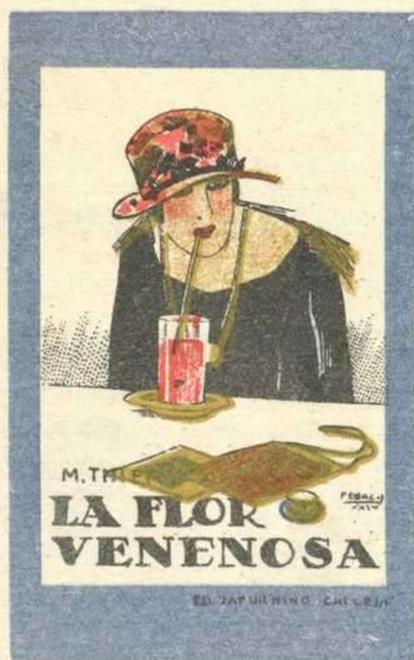
TOMOS DE 400 O MÁS PÁGINAS, CON DOBLE CUBIERTA Y UN DIBUJO A TODO COLOR DE LOS MEJORES DIBUJANTES

TÍTULOS PUBLICADOS

M. Maryan. *Caminos de amor.*
— *Amor atormentado.*
— *Orgullo de casta.*

M. Thiery. *La flor venenosa.*
J. de Coulomb. *La cruz luminosa.*
M. Aigueperse. *El desquite.*

CADA TOMO
3,50 pesetas.



EN P R E N S A
NUEVA EDICIÓN DE

J. de Coulomb. *Feminismo.*
E. Marlitt. *La segunda mujer.*
M. Aigueperse. *Las fases de una vida.*
M. Maryan. *La novela de una heredera.*

V. Monnot. *Rafaela de Merans.*
— *El diario de Margarita.*
— *Margarita a los veinte años.*

EDITORIAL SATURNINO CALLEJA S. A., Apartado 447.—MADRID